SANTA

TERESA DE JESÚS

ENSAYO CRITICO

POR

EL CONDE DE LA VIÑAZA

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1882

LIBRERIA ANTICUARIA
Jerez
C/. Madera, 20
Teléfono 666 15 36
28529 RIVAS-VACIAMADRID
(MADRID) ESPAÑA

DGCL
A

T.30250
cop. 2034164

SANTA TERESA DE JESÚS

ENSAYO CRÍTICO

SANTA

TERESA DE JESÚS

ENSAYO CRÍTICO

POR

EL CONDE DE LA VIÑAZA

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1882

R. 27168

A la memoria de mi padre.

SANTA TERESA DE JESÚS

(ENSAYO CRÍTICO.)

I.

Introducción.

Aún no se han apagado los ecos del hermoso grito de admiración con que saludara España á uno de sus poetas dramáticos en el segundo Centenario de su muerte, cuando un nombre idolatrado de toda familia católica pronúnciase con reverencia en el hogar y en la plaza, por el sabio y por el niño, y dispónense á cantarlo las bellas artes. Este nombre es el de uno de esos seres en los que la Providencia se ha complacido alguna vez en reunir las bellezas de la perfección y los dones de la gracia; el de

la escritora sublime, delicada poetisa y profunda pensadora que, no encontrando en la tierra imagen digna del santuario de su corazón, dedicó sus puros sentimientos á adorar al Altísimo; el de aquella criatura predilecta del cielo que, en el siglo en que la teología ciñe sobre la nívea túnica caballeresca espada, aparece trayendo en las manos el ramo de oliva y la estola de la virtud bordada por los ángeles, «para avivar más y más la fe con su inspirada fe y amor castísimo, é infundir calor suave á los espíritus cristianos [1]» en las luchas de la conciencia, y para poner un ósculo de paz en labios acostumbrados á entonar canciones de exterminio en las guerras religiosas; es, en fin, el de uno de los mortales que más han creído y amado; el de la hembra de parentesco más próximo con lo divino, comparable á Santa Isabel de Hungría por su caridad, á Beatriz por su perfume de bienaventuranza, á las vírgenes mártires por la serena alegría de sus creencias, al más bello de los querubines por la blancura de su alma. Me refiero á la Seráfica Madre Teresa de Jesús, efigie de la más her-

1 Moreno Nieto.

mosa misericordia, blanca y sin mancilla *como la cumbre nevada del Carmelo en las auroras del Thevet* [1], delicia bendita de los hombres, y comparable por la obra que realizara al lucero de la mañana de Oriente, *cuando en el equinoccio de las flores trae las poéticas alboradas de Palestina.* ¡Santa Teresa! ¡Mujer sublime que con justicia ciñe la corona de luz de la santidad, la corona de encina de la ciencia, y la corona de laurel del arte! La corona de luz de la santidad, porque, apasionada del Eterno, vivió orando de rodillas al pie de los altares, trabajaron su corazón todas las grandes pasiones y animó siempre su pensamiento con ideas infinitas el fuego de su abrasado espíritu. La corona de encina de la ciencia y el laurel del arte, porque escribió obras que deleitan á la familia, enseñan á creer al niño, mueven la admiración del sabio, instruyen á todos; que, á semejanza de las páginas reveladas, no perecerán; que contentan y santifican el hogar, como los puros afectos y la belleza inundan de consuelo los corazones cristianos que palpitan en la Libia ó bajo el cielo que

[1] Mes de Diciembre entre los hebreos.

doró con su sol los romeros de Tamna é hizo florecer los salomónicos pensiles, y que maravillan, sobre todo, leídas en el torrente Cedrón, en los valles donde arrullaban y corrían las palomas y corderillos que los hijos de Betagla, Rama y Emaus vendían luego para los días de ácimos, y en los lugares en que proyectaban magnífica sombra los pabellones que cerca de la ciudad de David formaban los olivos, palmeras, sicomoros y abedules con las enlazadas vides y silvestres rosales.

Diferentes son los aspectos bajo los que puede ser considerada la hija insigne de Alonso Sánchez de Cepeda:—como dechado de castidad y de virtud, como reformadora de su Órden y como escritora de teología mística y filosofía. Difícil es el desarrollo de los temas que se refieren á tan grande ingenio á satisfacción de la crítica, y sólo la juventud y justicia de su entusiasmo disculpan en el autor de este escrito la temeridad de proponerse exponer y determinar el misticismo de la Doctora de Ávila, considerar su escuela y su amor de Dios, apreciar su estilo y su lenguaje, y enumerar y describir los momentos y las fases de su virtuosísima y labo-

riosa existencia, dado que no abriga las pretensiones de ofrecer novedades, y que el único móvil que en su tarea le impulsa es el de depositar humilde ofrenda sobre la tumba de la Santa, el de unir su aplauso y su devoción al universal aplauso y devoción fervorosa con que la aclama España entusiasmada.

II.

Vida de Santa Teresa.

El siglo XVI es querido de los sectarios del libre examen y de los idólatras de la razón, por los falsos maestros que Alemania y Suiza dieron en él á la historia; y es también querido de los católicos por la pléyade de sabios y de Santos que produjo, con los que, ni en importancia ni en número, pueden compararse aquellos heterodoxos. España tuvo entonces Prelados como Santo Tomás de Villanueva y San Carlos Borromeo; apóstoles de la fe como San Ignacio de Loyola, San Vicente y San Juan de Dios; reformadores como San Pedro Alcántara, San Juan de la Cruz y Santa Tere-

sa, alma abrasada en el amor de Dios, maestra de ciencia, estrella Sirino de la vida espiritual, acabado modelo de candor y sencillez, arpa angélica cuyos sonidos tienen la dulzura y melancolía más perfectas.

Sí; es el siglo XVI el siglo de Santa Teresa, España su patria, Ávila su cuna, la poética estación que tiene por símbolos la alondra, el iris, la mariposa y las flores, la de su nacimiento. La Providencia dispuso que éste sucediese en 28 de Marzo de 1515, porque digna era de tener escrita con rosas su partida de bautismo la que tanto había de amar, aquella cuyas ideas habían de ser alegres como la sonrisa de un arcángel, castas como el rubor, encendidas como el carmín de un coloquio amoroso, aromáticas como las azucenas del jardín de María y como el gracioso mirto con que ciñen los serafines sus violas.

D. Alonso Sánchez de Cepeda y su segunda esposa doña Beatriz Dávila y Ahumada, fueron los padres de la entonces niña, que recibió las aguas bautismales en la parroquia de San Juan el cuatro de Abril del indicado año.

Desde el instante en que nació Teresa,

D. Alonso y doña Beatriz sólo pensaron en su crianza, en su educación, en su cultura, en enseñarle á querer, á orar, en iluminar su alma, en hacer una cristiana digna de la familia á que pertenecía, lo cual consiguióse fácilmente, porque, si hábiles eran las manos encargadas de esculpir un corazón rico en sentimientos y una inteligencia fértil en hermosísimas ideas, era de ángel la naturaleza de la criatura nacida en el virtuosísimo hogar de Sánchez de Cepeda. Siete años de edad contaba la hija de éste apenas, cuando, á consecuencia de sus lecturas de vidas de Santos y mártires, que con uno de sus hermanos hacía, manifestó deseos de ir al África á conquistar la santísima palma, y buscaba la soledad para embeber su pensamiento en una continua plegaria á Dios. Los juegos de Teresa consistían en simular, en la huerta de la casa, acompañada de su hermano, que eran ermitaños, ó que erigían monasterios; y he aquí cómo, en la que se llamó más tarde Doctora de Ávila, inicióse en la niñez su decidida vocación religiosa.

La muerte sorprendió á doña Beatriz Dávila á los treinta y tres años de edad en el ejercicio de su sagrado ministerio, y contando

doce su querida hija. Huérfana ésta de madre, el mundo empezó á disputar á Dios el poseer tan rica perla, pues la lectura de los libros de caballería, el excesivo cuidado de su juvenil belleza, el deseo de agradar y áun alguna aventura galante, distrajeron á la joven de sus meditaciones religiosas, aunque no tanto tiempo como suponen Villefore y otros, cuyas novelescas páginas refutaron los Bolandos en su magnífica obra.

Tres meses después de haberse desviado Teresa del sendero que había de conducirle á ser firme columna del Catolicismo, llevóla su familia al Monasterio de Santa María de Gracia, en donde contrajo grande amistad con Sor María de Briceño, religiosa *muy santa y discreta* [1]. Durante el año y medio que permaneció en esta mansión solitaria, recibió lecciones provechosas y sanos consejos, saliendo de ella á la casa de su padre por una enfermedad que la condujo hasta el borde de la sepultura. El peligro de muerte que corrió en su dolencia, las máximas aprendidas de las religiosas con quienes había vivido, las evangélicas palabras que escuchara

[1] Libro de su Vida, cap. III.

de labios de un virtuoso tío suyo, sacerdote más tarde, la amistad de Sor Juana Suárez, la lectura de libros devotos y de las Epístolas de San Jerónimo, tan religioso temple dieron á su alma, y de tal suerte avivaron su vocación, que pidió permiso á su padre para tomar el velo de esposa de Jesucristo, y, obtenida la impetrada venia, recibió el hábito en el convento de Carmelitas de Ávila en mil quinientos treinta y tres, según el testimonio de los Padres Bolandistas, desde cuya fecha consagróse la joven monja á la vida más austera, á la contemplación que tanto anhelaba, á querer á sus semejantes en Dios, con un amor cada día más intenso y puro. Ascetismo tan severo quebrantó mucho la salud de Teresa, por cuya causa vióse obligada á salir del monasterio en mil quinientos treinta y cinco. Entonces no regía con exactitud lo mandado en el sexto de Decretales: su cumplimiento no se exigió con severidad hasta mil quinientos sesenta y tres [1]. Lejos del claustro, la ilustre enferma sanó muy luego corporal y espiritualmente, debido esto último á sus buenas lecturas, á la obra más-

[1] Sesión 25, cap. v, *De reform. regular.*, Conc. Trid.

tica del P. Francisco de Osma, que le hizo conocer su bondadoso tío, intitulada: *Tercer Abecedario*, y, principalmente, á la frecuencia con que se acercaba á la Mesa Eucarística. Y es que este adorabilísimo misterio de la Eucaristía, festejado con literarias coronas de flores de tejido primoroso y en los versos que más recrean el espíritu y suavizan el corazón en nuestros aureos siglos; este misterio inefable, «dádiva de la divina misericordia y prenda de aquel amor infinito que, ardiendo desde la eternidad en el seno de la Deidad Soberana, se cubrió con la vestidura de nuestro cuerpo para ofrecerse como víctima y sacrificio por pecados de los hombres,» al par que asombra la mente y la fantasía, según dice muy bien un Padre Jesuíta insigne, vierte en el alma suaves y regalados sentimientos, enciende en el pecho sacratísimo entusiasmo, engrandece el espíritu hasta darle en algún modo la naturaleza divina, y lo inunda de los placeres más puros. Él divinizó el estro de los que le cantaron en majestuosas canciones, en bellos romances, en discretas letrillas y en el maravillosísimo poema que forman los Autos Sacramentales; engalanó la fantasía, esclareció la inteligencia

y enriqueció el estilo de los Luíses, hizo gran poeta al amable Valdivielso, ¿cómo no había de dibujar facciones de Santa en el alma de la ilustre enferma que tanto y tanto le adoraba? En Castellanos de la Cañada permaneció Teresa de Jesús hasta la primavera de mil quinientos treinta y seis, en que trasladóse á Becedas; desde Becedas marchó á Ávila, donde su salud volvió á sufrir un ataque que de nuevo comprometió la existencia de la carmelita; mas el peligro plugo á la voluntad del Altísimo que tuviese término pasados cuatro días.

Decaída en su espíritu, la monja insigne empezó á abandonar la oración y á frecuentar el trato de los seglares, en cuyo camino atajáronle el temor de Dios, la visión de Cristo airado, y las tristezas sentidas en su enfermedad y á consecuencia de la muerte de su padre. Desgracias que, como ésta, hieren con tanta rudeza en la frente y en el corazón, hacen volver los ojos al cielo; y el único bálsamo que quita toda su ponzoña á las heridas que causan, es la lágrima con que humedece el rostro la amorosísima y sentida plegaria al Eterno Padre por un ausente adorado, en demanda de que le conceda un sitio de paz

donde esperarnos. Y á la obra de encauzar la vida de Teresa de Jesús, en la dirección que conquistó las guirnaldas de estrellas que le tejieran los ángeles, coadyuvó muy mucho, con su dulce palabra, cristiana unción y aprovechada experiencia, el docto y muy espiritual dominico, Fr. Vicente Barrón, confesor de D. Alonso Sánchez de Cepeda.

Por una parte la llamaba Dios, por otra seguía al mundo, según dice la misma Teresa de Jesús [1]; pero venció en la contienda su grande alma, y el amor divino echó en ella tan profundas raíces, que vivió hasta su muerte acompañada y ayudada de Dios. *Fidelis autem Deus qui non patietur vos tentari supra id quod potesti* [2]. En el año mil quinientos cincuenta y cinco leía la monja avilesa las *Confesiones* de San Agustín y el libro místico de Fr. Bernardino de Laredo, llamado la *Subida del Monte*, y cultivaba la amistad del gran San Francisco de Borja y del docto Baltasar Álvarez, glorias de la Compañía de Jesús, tan querida, como la Orden de Dominicos, de la Seráfica Madre, por la

[1] Libro de su Vida, cap. VII.

[2] San Pablo, epístola primera *ad Corint.*, cap. x, vers. 13.

preciosa razón que da en una de sus páginas más bellas.

Por consejo que la diera el Jesuíta Álvarez, al encargarle lo encomendase al cielo, la monja de Ávila empezó á rezar el himno *Veni Creator Spiritus* tan fervorosamente, que, escuchada por Dios, le produjo un estado de ánimo feliz y desconocido de ella, que fué su primer éxtasis. Desde entonces comenzó á arder, con sin igual viveza, en su alma el fuego del amor de Dios, y ésta á recibir tales favores de la bondad divina, que, compenetrándose con la del Amado, sentía tanto las ofensas de maldad á su Majestad divina, dolíale de tal manera el estrago hecho en aquellos días por las doctrinas heterodoxas en Francia, Suiza y Alemania, que, para ayudar á los buenos en la tarea bendita de impedir la cizaña en el campo de la Iglesia, acometió la obra de reformar la Orden de Carmelitas, restableciendo el rigor primitivo y la regla de San Alberto en toda su pureza, á fin de restaurar conventos cuya constitución se hubiese relajado. Á la vez, algunos padres Carmelitas, por consejo suyo, emprendieron la tarea de hacer la reforma de la regla de varones, siendo el más notable de los frailes

que á tal obra consagraron sus luces, el angelical y dulcísimo autor de la *Noche oscura*, quien, comenzando en Duruelo la vida descalza, fué como el patriarca de la gran posteridad de personajes insignes en virtud, que, extendidos después por Italia, el país vecino y por toda la cristiandad, constituyen los florones más primorosos de la corona que ciñe al lado de Dios la insigne Madre y fundadora del Carmelo.

¡Con qué verdad escribió en mil quinientos sesenta Fr. Luís Beltrán á la Madre Teresa: «No pasará medio siglo sin que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios [1]!» Razón tenía también Fr. Pedro de Alcántara, en carta que conservamos, para alentarla en parecidas frases.

San José de Ávila fué el primer convento de monjas que fundó la Madre Teresa, á costa de grandes trabajos y contradicciones, que ayudáronle á vencer su hermana doña Juana, el poco dinero que desde el Perú le enviara su hermano D. Lorenzo, y, sobre todo, los grandes y continuados favores celestiales que recibía.

[1] *Crónica del Carmen*, tomo I, lib. I, cap. XXXVI, núm. 3.

Por aquel entonces ordenóle su confesor, el Padre dominico Fr. Pedro Ibáñez, que escribiese el *Libro de su Vida*. Obediente, como ningún cristiano, la virtuosísima monja, acató el mandato, y empezó en Ávila, en mil quinientos sesenta y uno, á escribir la obra, terminando sus treinta y un capítulos en el mismo año, en Toledo, y en la casa de doña Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medinaceli y Señora de Malagón, en cuya casa fué huésped muy agasajada. En la antigua y gloriosa ciudad de los Concilios conoció á Fray García de Toledo, dominico, y hermano del Duque de Alba, y al reverendo Padre Báñez, su más querido director; más tarde fué visitada por María de Jesús, hembra de preciadas dotes y anhelos nobilísimos, que cortejaba entonces el pensamiento de establecer un monasterio de Carmelitas reformados.

Á mediados de mil quinientos sesenta y dos dirigióse nuevamente Teresa á Ávila, donde, apenas llegada, recibió la Bula para erigir el convento de San José, expedida en siete de Febrero del mismo año [1]. Abrióse solemnemente el día de San Bartolomé, y en él

1 *VII idus Februarii pontificatus domini Pii Papae.*

tomaron el hábito cuatro novicias, llamadas Antonia de Enao, María de la Paz, María de Ávila y Úrsula de los Santos. Las tres primeras cambiaron sus nombres por los de Antonia del Espíritu Santo, María de la Cruz y María de San Josef, conservando la última su apellido.

Cuatro años vivió en este convento la monja de Ávila, gozando de su obra y consagrada á la más austera penitencia. Allí continuó el *Libro de su Vida*, complaciendo de esta suerte al P. Toledo, deseoso de que lo concluyesen páginas en que se relatara la fundación del monasterio de San José, tan digna de ser ensalzada por su sentido general y por su objeto, que no era otro que el de extender el culto del esposo de María, traído á Occidente por los Carmelitas á su salida de Palestina, y del que Teresa de Jesús fué grande propagadora en España. En tiempos anteriores á la dulce Carmelita, según observan los Bolandos y Emery, era muy escaso el número de las iglesias dedicadas al venerable Santo, cantado por el sencillo y sublime Valdivielso en armoniosas y robustas octavas, y tan popular hoy en el orbe católico, que destínanse á renovar las de su

vara las más hermosas azucenas que regala al hombre de la ciudad el jardín y al hombre del campo el valle. Teresa de Jesús acabó su libro por los años de mil quinientos sesenta y cinco y sesenta y seis. Una vez terminado, asediaron á la insigne religiosa tentaciones que habíanle puesto sitio anteriormente; y consultado el caso con el inquisidor Soto, aconsejóle que rehiciera el *Libro de su Vida* y lo remitiese á doña Luisa de la Cerda, á fin de que ella, á su vez, lo enviase al apóstol de Andalucía, y éste la fortificara con su dictamen. La Doctora de Ávila siguió el consejo, ordenó los manuscritos, los dividió en capítulos, haciéndolos llegar á manos del Crisóstomo español por medio de la hermana del duque de Medinaceli.

Tres años pasaron todavía hasta que el venerable Juan de Ávila emitió su juicio acerca de la obra consultada, durante los que vino á España el General del Carmen, Padre Rossi, quien con entusiasmo aprobó el monasterio de San José, habló de él á Felipe II, y autorizó á Teresa para fundar conventos de mujeres y dos de hombres.

Á partir de este instante, y en el espacio de doce años, la hija de D. Alonso, incansa-

ble apóstol de su idea reformadora, secundada por Fr. Antonio de Heredia y el virtuoso é inspirado San Juan de la Cruz, fundó diez y siete monasterios. En efecto: va á Medina del Campo, y al día siguiente de su llegada instala un convento; va á Madrid, detiénese á visitar las Descalzas Reales y á la célebre dama doña Leonor de Mascareñas, y pasa á Alcalá, donde arregla el de Carmelitas que fundara la diligente y espiritual María de Jesús; va á Toledo, llamada por la mujer de D. Arias Pardo, á fin de que fundara claustro en Malagón, y trasládase á este punto, permaneciendo allí dos meses consagrada á tal objeto. ¡Oh prodigio de actividad! ¡No la hay parecida en la historia, ni más feraz en frutos del bien! Quebrantada la salud de Teresa por el ascetismo de su vida y por el trabajo, vióse obligada á ausentarse de Malagón; y después de permanecer en Escalona unos días, salió nuevamente para Ávila, pasando luego á Valladolid, á establecer un monasterio en la granja de Duruelo, ofrecida generosamente por D. Rafael Mejía Velázquez. Por aquellos días recibió del Maestro Ávila la aprobación del *Libro de su Vida*; en el año próximo, y mes de Abril,

estrechó en la corte relaciones con la hermana de Felipe II, y encontrándose en Toledo de paso para Pastrana, á cuyo punto se dirigía con el propósito de fundar un convento del Carmen, llegó á sus manos otra carta del venerable apóstol de Andalucía, escrita pocas semanas antes de su muerte, pues es fechada en doce de Abril de mil quinientos sesenta y nueve.

El recuerdo de la fundación de Pastrana va unido al de uno de los cálices más amargos que hubo de apurar la noble hija de don Alonso Sánchez de Cepeda, al de contrariedades y disgustos muy graves. Era el convento de Pastrana de los príncipes de Éboli, en cuya casa se detuvo la monja carmelita antes de ir á aquel pueblo. Al escribir el nombre de la voluntariosa dama de la corte del segundo de los Felipes, es imposible no acordarse de que el libro de la vida de Teresa de Jesús fué entregado al Santo Oficio, suceso que dió la razón á los que en el claustro de San José de Ávila advirtieron misteriosamente á la esclarecida escritora que *andaban los tiempos recios*, y era probable tuviese que comparecer ante la Inquisición; cuya advertencia escuchó la noble religiosa con la dulce

sonrisa y bondadosísima incredulidad con que la virtud recibe la nueva de que la amenazan males y de que puede encontrar en su camino abrojos.

Las familias de Alba, Medinaceli y otras muy distinguidas de la corte de España conocían el *Libro de su Vida:* quiso también disfrutar de su lectura la de Éboli, y logró su deseo; mas no se condujo con la singular prudencia de aquellos magnates, pues hasta sus dueñas y pajecillos lo hojearon, y á la vez que la señora, divirtiéronse escarneciendo las revelaciones y éxtasis de la inmortal Avilesa. Muerto el marido de la de Éboli, entró ésta en el monasterio de Pastrana, donde, fervorosa los primeros días, ligera luego, voluble y liviana al fin, más aficionada al trato de los hombres que á las prácticas santas, empezó á relajar la regla y á exigir que se la hablase de rodillas, llegando en sus caprichos á querer que entrasen en el claustro hembras cuya presencia hubiese hecho ultraje á la santidad de aquel lugar de recogimiento y oración. La enérgica Teresa de Jesús apresuróse á atajar tamaños abusos; manifestó á la de Éboli, con respetuosa severidad, que no podía consentirlos, á lo que

contestó la célebre cortesana que era suyo el monasterio; y después de replicarle la virtuosísima Madre que si de su propiedad era el edificio, no le pertenecían, en cambio, las hijas del Carmelo, ordenó la marcha de éstas á Segovia, convencida de que vale más *no tener convento que tenerlo malo.* Despechada la de Éboli, sedienta de venganza, delató á los inquisidores el libro de la angelical carmelita, aquel libro que enajena las almas con el suave aroma de virtud, sencillez y pureza de sus páginas, y del que, con más razón que exclamó Jovellanos á la lectura de la égloga de Meléndez *huele á tomillo*, puede decirse que trasciende á ángel.

Más de diez años estuvo la obra en la Inquisición de Toledo [1]; y examinada por fray Hernando del Castillo y otros sabios doctores, la encontraron muy rica en saludables enseñanzas, y toda ella digna de ser ensalzada.

En el tiempo trascurrido hasta mil quinientos setenta y cuatro, en que estos sucesos tenían lugar, fundó la incansable reforma-

[1] El original de la *Vida* que en el camarín de las reliquias conserva el monasterio del Escorial, es, según opinión corriente, el que estuvo en poder del Santo Oficio.

dora, de acuerdo con el Padre Rector Gutiérrez, el sétimo de Descalzas en Salamanca, y en Alcalá el tercero de hombres; asistió á la toma de hábito de Ambrosio Mariano y Juan de la Miseria, aquel Juan de la Miseria á quien había de caber la fortuna de trasladar al lienzo las facciones de la inspirada carmelita; estableció monasterio de hembras en Alba de Tormes, estuvo en Salamanca y en Medina, y vióse precisada á aceptar el priorato del convento de la Encarnación de Ávila, consiguiendo, en los tres años que lo rigieron sus expertas manos, ordenarlo en lo material y en lo espiritual. Mucho le ayudó en estos meritorios trabajos el Vicario de dicho monasterio San Juan de la Cruz, aquel místico trovador del alma que en virgiliano estilo y enamorada expresión nos habló de Jesús y del Gólgota. Cae en los confines de la época en que vivieron consagrados á la obra indicada el poeta ejemplar y el más hermoso serafín del amor divino, la fecha en que la escritora de Ávila tuvo por director espiritual en Salamanca al Padre de la Compañía de Jesús Jerónimo Ripalda, quien le ordenó escribiera una historia de sus fundaciones. Complacióle Teresa, y de entonces

son los veinte primeros capítulos del libro de ese nombre, que contienen todas las llevadas á cabo hasta la de Alba de Tormes. Medio año consagró á este trabajo en la antigua ciudad de la gloriosísima escuela en que se verificó gran parte del Renacimiento hispano, y que escuchó embelesada la lira de oro del que no es el mejor de los Luises por haber existido el P. Granada. Trascurrido aquel, ofrécenle la fundación de Veas; visita á los duques de Alba en el pueblo de su título y señorío; marcha á Segovia, y da monasterio á las que habían sido compañeras de la Éboli en Pastrana; vuelve por Medina á su ciudad natal á comienzos de mil quinientos setenta y cinco; acepta la oferta que queda referida, y á la vez que en el sitio indicado funda el décimo convento de carmelitas Descalzas, conoce á Jerónimo Gracián, al docto maestro que estudió tan detenidamente las doctrinas de teología mística de la Doctora de Ávila cuando el espíritu de esta voló á las serenas moradas donde tiene dosel de luz entre los tronos de los ángeles y frente al de Dios. Poco tiempo después de estos sucesos, que ufanan á Veas por haber sido su teatro, Teresa de Jesús trasladóse á Sevilla, donde aumentó

con una más el número de sus fundaciones. No ejecutó, sin embargo, tan santa obra sin que se le opusieran obstáculos y le amargaran serios disgustos. Á la sazón definiéronse profundas discordias entre Calzados y Descalzos en el capítulo general celebrado en Plasencia, y habiendo acordado, en virtud de las Bulas pontificias, tratar con rigor sumo á los primeros, escribió la docta hija de don Alonso Sánchez de Cepeda una carta acerca de sus fundaciones al General de la Orden Rdo. Padre Rossi. Coincidió con este acto la llegada de Jerónimo Gracián á la ciudad de San Fernando, en comisión del Nuncio, con el objeto de girar una visita á los carmelitas Descalzos, y la de una carta del Padre Salazar, dirigida á Teresa, intimándola que no hiciese más fundaciones, que se retirase á un claustro y dejara de ser *femina inquieta y andariega* [1]. Humilde y obediente la virtuosísima Madre, decidió trasladarse al monasterio de Valladolid, dejando sin terminar sus trabajos en Sevilla; pero Gracián, con su autorizada palabra, inclinó con cariño el ánimo de la monja insigne á continuarlos.

1 Así denominó más tarde á la Santa Monseñor Sega.

¡ Tristes años, los años de mil quinientos setenta y seis, setenta y siete y setenta y ocho, para la celestial Doctora! ¡Negras nubes empañan la diafanidad del cielo azul de su vida! La calumnia, la perfidia, la injusticia acéchanla astutas y traidoras, como acecha el chacal á la gacela entre espesos matorrales. Mas la virtud es como el sol: disipa la niebla con sus luminosos rayos. En vano la impostura conspira porque sea enviada á Indias la más bella flor de los jardines del Carmelo; en vano Monseñor Felipe Sega, Nuncio de Su Santidad, trata de destruir la Reforma desterrando á los principales Descalzos, confinando á Teresa á la ciudad de Toledo, y calificándola torpe é injustamente; en vano se dirigen infames memoriales á la Inquisición de Sevilla, acusando de alumbrada á la insigne hembra, y haciendo idéntico cargo á sus monjas, al Padre Gracián y á María de San José.... En esta guerra que le hacen todos los demonios (y me valgo de palabras de la Santa), suyo ha de ser el laurel de la victoria. En efecto: con la ayuda pecuniaria de su hermano D. Lorenzo, recién llegado del Perú, termina la fundación de Sevilla; resuelve con éxito varios nimios asuntos en

Ávila ; allí continúa hasta el capítulo xxvii el *Libro de las Fundaciones*, que termina en Noviembre del setenta y seis [1], rodeada de la calma propia de los espíritus sin sombras y de las conciencias en que la verdad no es ya huésped, sino que en ellas tiene su casa ; y en tanto que tan envidiables trofeos conquista en Moraleja (8 de Setiembre de 1576) y Almodóvar (9 de Octubre del 78), reúnense en capítulo general los carmelitas Descalzos, y responden á la persecución y á las pasiones conjuradas enviando, con más ó menos fortuna, comisionados á la ciudad augusta de la Santa Cátedra. En los tres años durante los que tuvo lugar lo indicado últimamente en fugaz bosquejo, Teresa de Jesús terminó su libro de las *Moradas* (en Noviembre del 77), comenzado por orden de Jerónimo Gracián y en virtud de consulta hecha al Doctor Velázquez: maravillosa producción, que por sí sola bastaría á la inmortalidad de la profunda teóloga y virtuosa mujer que ocupa un solio en nuestro empíreo literario.

[1] En el Escorial se conserva también el original del *Libro de las Fundaciones*. Fué impreso por primera vez en Amberes, año de 1630.

Además del libro de las *Moradas*, escribió en aquella época cartas á sus conventos aconsejando y exhortando piadosamente á la venerable María de San José, al P. Gracián, y á varias personas además, entre ellas á don Felipe el Segundo, á quien acudió en justicia por los desmanes cometidos con San Juan de la Cruz en Toledo. El prudente Rey atendió á la sabia Madre, y no es de extrañar, porque intervino en todas las rencillas y disturbios que tuvieron los Carmelitas entre sí, los Descalzos, el Nuncio Sega y el conde de Tendilla, gran favorecedor de la reforma de Santa Teresa en los tiempos bonancibles que sucedieron á los de tempestad. En mil quinientos setenta y nueve, á comienzos de estío, sale Teresa de Jesús de Ávila, donde á la sazón se encontraba, deseosa de visitar sus monasterios; dirígese á Medina y Valladolid, donde permanece unas semanas, y antes de regresar á Salamanca va á Alba, con el propósito de adquirir casa en que establecer nueva comunidad de la Orden, y á la vez que tal propósito acaricia, decídese á fundar en Villanueva de la Jara, autorizada por las patentes necesarias, recibidas del Padre Salazar en Enero del ochenta. En esta fecha exigía su

presencia en Malagón el haber sido elegida para aquel priorato: fué dispensada de ello por el Prelado y Vicario general de los Descalzos, Fr. Ángel de Salazar.

Después de fundar en Villanueva, triste, enferma y con un brazo fracturado, volvió la insigne Carmelita á Toledo, donde sufrió un fuerte ataque de perlesía. En dicha ciudad fué visitada por el Cardenal Quiroga, quien le dió noticia del *Libro de su Vida*, que estaba aún en poder del Santo Oficio, y en ella permaneció hasta que una orden del General la obligó á emprender viaje á Valladolid. Al pasar por Segovia, supo el fallecimiento de su hermano D. Lorenzo; marchó á Ávila, y una vez pagado á la naturaleza, á la familia y á los restos queridos piadoso tributo, acompañada del Padre Gracián y de su sobrino, trasladóse á Medina, y de Medina á Valladolid, donde los fuertísimos ataques que padecía repitiéronle con tal ímpetu y gravedad, que se creyeron anuncio de inmediata muerte. ¡Muy próxima estaba, en verdad, aunque no tanto como creían los que la rodeaban! Las fatigas de su laboriosa vida, la meditación continua y la penitencia, habíanla quebrantado de tal modo, que ansiaba ya su cuerpo

la paz de los sepulcros y su alma el centro único de su amor. Alegoría suya y exacta es el hermoso álamo que languidece tras una larga existencia consagrada á defender la margen de una heredad de las furias de la corriente de irascible río.

Dictaba sus cartas á Ana de San Bartolomé, porque ya su mano gélida y temblorosa apenas si podía trazar los caracteres. Y, sin embargo, ni su espíritu enérgico, ni su voluntad firme querían rendirse; pues habiéndole exhortado el Padre Ripalda á fundar en Palencia, fué á esta ciudad antiquísima, donde alquiló casa é instaló en ella convento, que en el año inmediato fué trasladado con gran pompa, en la Octava del *Corpus*, á un edificio propio, contiguo á la Capilla de Nuestra Señora de la Calle. Y no es la única población que conserva un recuerdo de aquellos días de la seráfica Madre la que alumbra en la capilla de los Curas con la pálida y triste luz de una lámpara el solitario sepulcro sobre el que yace la estatua de la insigne Doña Urraca de Castilla, y ve alzarse sobre la cueva de San Antolín graciosa catedral de dos fachadas del estilo gótico más puro, pues se envanece Soria de que la monja de Ávila es-

tableciese comunidad en aquel entonces en uno de sus edificios, y Búrgos, la monumental Búrgos, la que guarda en las Huelgas la bandera de las Navas, la ciudad de la Cartuja de Miraflores y de ese Romancero arquitectónico que se llama San Pedro de Cardeña, con no menos orgullo que nos habla de las ojivas, caladas torres y botareles de la más mística é incomparable de sus fábricas.... ¡como que es de piedra que parece aeriforme....!, con no menos orgullo que enseña el sepulcro de los Padres de la Reina Católica y el sitio del de ese héroe que, con Pelayo, Fernán González y Sancho Abarca, es uno de los fundadores de la independencia española,—nos dice que dentro de sus muros, á pesar de su Arzobispo, fundó la Doctora de Ávila su décimo sétimo monasterio.

Todavía tuvo tiempo Teresa de Jesús para dedicarse como Priora al arreglo material y espiritual de su convento de San José de Ávila, y escribir las últimas fundaciones, en aquella época en que un día veíasela en Búrgos, otro en Palencia y al siguiente, si había de encontrársela, era preciso buscarla en Valladolid ó en Medina.

¡Amargas horas las que trascurrían en

aquellos días en que la seráfica Madre cosechó disgustos en abundancia!

Entristecida por los desprecios é insolentes irrespetuosidades de los seglares, y más aún por la ingratitud de sus amadas hijas; enferma y con el alma lacerada por los sinsabores que la proporcionara la Priora del Monasterio, salió de Medina deseosa de complacer al Padre Antonio de Jesús, que la llamaba á Alba de Tormes, á fin de que acompañase á la duquesa de Alba próxima á alumbrar. Llegó á este punto el veinte de Setiembre de mil quinientos ochenta y dos, á las seis de su tarde; esforzóse al siguiente día por bajar á la Iglesia á comulgar; pero volvióse presto á la cama, de donde no tornó á levantarse; pues en los inescrutables designios de la Providencia estaba marcado el término de sus trabajos en el mundo. El próximo día, tres de Octubre, recibió la Extremaunción, ese Sacramento que fortalece el alma bañándola en la sangre del Cordero, á fin de juntarse con él con más libertad y gozarle eternamente [1]; y auxiliada por Fray Antonio de Jesús, que la confesó, y por Ana, su insepara-

[1] El Rdo. Padre Diego de Yepe

ble compañera, abrasado en amor su espíritu y lleno el rostro de alegría, comenzó, según el Padre Nieremberg escribe, aquel blanquísimo cisne á alegrarse tan de súbito como en toda su vida lo había hecho, pensando en que pronto, muy pronto, había de regalarse con su Esposo. El alma voló á las alturas en brazos de un ángel de blanca luz, y en la frente y en el labio, al extinguirse el último y magnífico fulgor de tan noble existencia, quedó impresa la apacible dicha, el gozo del espíritu, al ver acercarse el instante de regresar á su patria, es decir, al cielo. Aconteció la despedida de esta alma de aquel cuerpo el día cuatro de Octubre, después de sesenta y siete años de vida terrenal. El cadáver de Teresa de Jesús fué depositado en un sepulcro, en el que se escribió el siguiente epitafio :

Rigidis Carmeli Patrum restitutus regulis,
Plurimis virorum faeminarumque erectis claustris
Multis veram virtutem docentibus libris editis,
Futuri praescia signis clara
Celeste sidus ad sidera advolavit B. Virgo Theresa.
IIII *nonas octobris* CIↃ.D.XXCII.
Manet sub marmore non cinis, sed madidum corpus
Incorruptum, propio suaviss odere ostentum gloriae.

En el primer aniversario de esta muerte gloriosísima, habiendo ido Jerónimo Gracián á Alba de Tormes con el objeto de dar más decorosa sepultura al cuerpo de la ilustre escritora, se acordó, valiéndose de un acuerdo entre las monjas y el Obispo de Palencia habido anteriormente, trasladar á la Sala Capitular del convento de Ávila las cenizas de la seráfica Madre; y así se hizo dos años después, dejando un brazo de ésta en la tumba donde la insigne monja había empezado á dormir el eterno sueño. Disgustado grandemente por esta traslación el duque de Alba, acudió al Sumo Pontífice, en demanda de que volviesen á ser depositados en el pueblo de su título y señorío los despojos mortales de la insigne reformadora.

Sixto V accedió á la petición, y el día veinte y tres Agosto de mil quinientos ochenta y seis, los restos de la Carmelita fueron conducidos á su antiguo sepulcro y encerrados en una arca. Dentro de ella colocáronse unas láminas doradas, en las que se leían estos versos, escritos por el Padre Yanguas, confesor de la seráfica Madre :

Arca domini, in qua erat manna et virga quae fronduerat, et tabula Testamenti.

(Hebr., cap. IX.)

Non extinguetur in nocte lucerna ejus.

(Prov., cap. XXXI.)

En esta arca de la Ley
Se encierra por cosa rara,
Las tablas, maná y la vara
Con que Cristo, nuestro Rey,
Hace á su virgen más clara.
Las tablas de su obediencia,
El maná de su oración,
La vara de perfección,
Con vara de penitencia
Y carne sin corrupción.
Aquí yace recogida
La mujer dichosa y fuerte,
Que en la noche de la muerte
Quedó con más luz y vida
Y con más felice suerte.
El alma pura y sincera
Llena de lumbre de gloria,
Y para eterna memoria
La carne sana y entera.
¡Do está, muerte, tu victoria!

Ávila trabajó por recobrar aquellos huesos, riqueza de su memoria y herencia moral de

su espíritu, y en tanto, los Carmelitas Descalzos y Felipe III obtuvieron de Paulo V la beatificación de la Madre insigne, la cual, por sus heroicas virtudes, por la ejemplaridad de su vida y por su doctrina inspirada, mereció que el doce de Marzo de mil seiscientos veintidos, el Pontífice Gregorio XV la canonizase, juntamente con Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Felipe Neri y con Francisco Javier, Apóstol de la India; y desde aquella fecha apenas si hay iglesia en España donde no esté su imagen. Si son innumerables las ermitas en que se la adora, tiene también tantos templos como españoles corazones laten. Su efigie, perpetuada está en mil estampas, cuadros y esculturas, que lo mismo son joya predilecta en la choza que en el palacio; su nombre hállase grabado en el agradecimiento del pueblo, que sabe de memoria sus portentosos milagros, y es que nunca se pierde el rostro ni la voz de los poetas, y de los escritores, y de los guerreros consagrados á cantar ó defender la causa del Catolicismo, porque el Catolicismo es nuestra historia y nuestra vida.

La inmensa popularidad que Santa Teresa disfruta en nuestra patria por ser su más

acabado símbolo, bien la atestigua el hecho de haberla elegido compatrona de España, en mil seiscientos diez y siete, los últimos Monarcas de la Casa de Austria, cuya elección ratificaron en mil seiscientos veinte y siete el Papa Urbano VIII [1], y las Cortes de Cádiz de mil ochocientos doce. Honra inmensa hemos ganado con esta prueba de respeto á la mujer insigne que restauró en toda su rigidez, bajo nuestra espléndida bóveda celeste, la regla de aquellos austeros de Egipto y Palestina, tan inhumanamente tratados por Ahumar y los bárbaros sarracenos, porque la sabiduría y la santidad, reuniéndose, forman una corona que sólo la de Dios y la de su Santísima Madre la superan. Esa corona la ciñó Santa Teresa. Fué sabia : ¡como que el Espíritu Santo le prestó su ciencia! Y fué Santa tan bella, cual nos dice Vernet Lecomte en aquel lienzo en que se ve la mística y adorable figura de la Carmelita de Ávila, radiante de hermosura y de pureza,

[1] No vieron todos en el siglo XVII con buenos ojos aquella decisión, pues Quevedo quiso defender los derechos que á Santiago pertenecían, y la población que lleva por nombre el del Santo pretendió, con documentos supuestos ó falsos, disputar la legitimidad de tal acuerdo.

en cruz las manos, impreso el más acendrado amor, en los ojos, la frente pensativa, arrobado el rostro en Santísimo y dulce éxtasis ante un niño Jesús que se le aparece y ríe, rodeado de celestial aureola, en la escalera de un claustro...., cuadro aquel de la progenie de los que llevan el nombre del ascético é inmaterial Hispalense, que trayendo en el alma la noción de la luz y de la sombra, la magia del claro-oscuro, la intuición de los esplendores celestes,—Tiziano por su paleta, Vinci por su gracia en la forma, Miguel Ángel por el poder y osadía de su dibujo,—«pintó el color en la luz, la luz en la sombra, la luz sobre la luz, las medias tintas de la penumbra, el misterio de los crepúsculos, el ambiente luminoso de la bienaventuranza,» y produjo las dos maravillas del misticismo—pictórico : —la inspirada *Concepción* y la sublime *Dolorosa*, que es sin duda la poesía más acabada que el arte universal conserva en el bellísimo Museo de su historia augusta.

III.

Misticismo de Santa Teresa de Jesús.

YERRAN, á mi juicio, y yerran grandemente, los que no ven en nuestra escuela mística más orígenes que la exaltación del principio religioso, el arrebato de la fe, ó la vehemencia con que se determina el dogma católico. Indudable es que entre los personajes de más calidad de los anales cristianos figuran nuestros místicos; indudable que llevan su firma las páginas más bellas de la filosofía patria; y de aquí los aspectos que ofrecen la Doctora de Ávila, el arrebatador apóstol de Andalucía, Malon de Chaide, el horaciano agustino de Belmonte,—reconocidos por el incansable catedrático que

ilustró y comentó de superior modo á la seráfica Madre, presentándola, no como una *santa* escritora, sino como una escritora *santa*, por el malogrado González Pedroso, por el joven é ilustre maestro, sano crítico, que ha trasladado á su memoria prodigiosísima los archivos y las bibliotecas de Europa, y por tantos y tantos otros que no cerraron los ojos á la evidencia y resistieron las tentaciones de la parcialidad;—cuyos dos aspectos muestran que no reconocen las causas que literatos como M. Rousselot señalan, la grandeza de la lira mística española, la grandeza de la pluma de Santa Teresa, la grandeza de aquel elocuentísimo amigo suyo que poseyó pura y caudalosa vena de magnífica poesía.

Cierto que el pueblo esforzado de Pelayo, del Cid, de San Fernando, desde los albores de su existencia se ha distinguido por su inquebrantable fe y viva religiosidad....; ¡díganlo, si no, la epopeya de la Reconquista, los guerreros y doctores que en Concilios y campos de batalla combatieron la herejía en el crepúsculo de la Edad moderna!; cierto que ese sentimiento de religiosidad exaltado es robusta raíz del hermoso árbol del misticismo, que en tierras del siglo XVI pierde en-

tre los arreboles del cielo su espléndido ramaje; pero no es la única del genérico ni del genuinamente español: tiene otras, y muy profundas en verdad. Nace, y á veces se completa en la propia razón humana, independientemente de las religiones positivas. Buenos ejemplos son de ello el sistema de Patandjali, los yoguis indostánicos, el neoplatonismo místico de Porfirio, Proclo, Yamblico, las escuelas alejandrinas y algunas contemporáneas de Alemania, cuyas notas, consecuencia lógica son de especulaciones metafísicas y no de determinada comunión religiosa. El misticismo, escribe un filósofo contemporáneo, apunta en las escuelas racionalistas, y la historia de las ideas platónicas, los argumentos metafísicos para probar la existencia de Dios y aun de las intuiciones de los discípulos y sectarios de Schelling, atestiguan que, en el grado más alto del procedimiento racional, se declara que existe en la razón humana, cuando libremente especula, tendencia marcadísima, impulso irresistible al enlace con lo divino, sin distinguir las más veces si el Dios con el que se une es el Ser Supremo y personal, el Gran todo ó la sustancia única de Spinoza. Y á la

soberanía de la propia conciencia se debe también el que, á nuestros místicos del décimosexto siglo, dé una originalidad sin ejemplo ese sentimiento de personalidad que entraña como tal subjetivismo el principio del *libre examen*, el germen protestante á cuyo desarrollo opónense aquéllos, y al que pudiera atribuirse la causa de haber sido delatado á la Inquisición el *Libro* sobre la vida de la seráfica Madre, el que su confesor ordenara á ésta quemar el comentario de algunos pasajes del *Cantar de los Cantares*, las persecuciones de la Doctora de Ávila en Sevilla por orden del Santo Oficio, las tristezas sufridas por San Juan de la Cruz en los calabozos de Toledo y el proceso de Fr. Luís de León.

Indudable es que el genio español ha enriquecido con preciosos dones la historia de la filosofía, cuando se estudian las causas de nuestro misticismo.

Y circunstancias que en gran parte contribuyeron al desenvolvimiento de la escuela personificada, ya por los dos Luíses y Chaide, ya por San Juan de la Cruz, y por esa especie de teología enamorada que se llamó Santa Teresa, fueron la espontaneidad del

genio, la viveza de la fantasía, la irreflexión propia de la juvenil edad, la voluntad enérgica, la intuición viva y penetrante, y el deseo inquieto de la representación perfecta y cumplida, que son las características de la España en aquel zenit de su inmenso poderío.

Momento es este de que se recuerde la tiranía mental de la décimasexta centuria, en la que, la razón de Estado, el fanatismo y la autoridad absoluta, obligaban á todos los españoles á creer, á sentir y á pensar de idéntica manera, convirtiendo al individuo, en lo moral, en vasallo de la idea predominante en el espíritu de la época. El pensamiento, amagado de asfixia, buscó atmósfera más pura que respirar, y espacio donde extender sus alas plegadas por la incertidumbre y el miedo; y «movida la inteligencia simple por el entusiasmo, abandonada en brazos del amor, potencia sublime é intuitiva, halló en el alma, en su centro, adecuado y único trono de tal elevadísima potencia, campos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana.» Porque no hay duda: si volvéis la vista y paráis atención en las páginas de nuestra historia, veréis razas dome-

ñadas, ó un sol obligado á no abastecer de luz sino nuestros dominios, ó páginas escritas con la astilla de la cruz de sublimes martirios; lo que no veréis es un cautiverio, un solo cautiverio del espíritu.... ¡ni siquiera tan breve como el madrigal de la codorniz madrugadora!

En las horas de sus grandes melancolías, la nación española ha podido siempre subir á buscar consuelos ó á formular protesta (y así lo ha hecho) á las doradas cimas del arte ó del pensamiento. En los tiempos inaugurados por el alfanje ensangrentado de Guadalete y la bandera santísima clavada por Pelayo en las rocas de Asturias, por ejemplo, brotan los cánticos religiosos de los mozárabes, conteniendo las lágrimas de una nostalgia tan sublime como aquella de que fueron testigos los sauces del Éufrates. Las indecisiones, el olvido, el desdén ó el deliberado abandono de los fines nacionales, pocas veces han dejado de oir la protesta del romance histórico, y si posible fuera señalar el momento de la aparición de cada uno de los que poseemos, percibiríase, sin duda, su nexo íntimo con algún acerbo dolor de la patria. Los espíritus libres del siglo XVI, huyendo

de la Babilonia en que gemía cautivo el pensamiento, sin saberlo quizás, buscaban un refugio en el éxtasis, en la contemplación mística que ansía ver á Dios en la propia alma, en donde se le busca y se le halla por inefable misterio, pues se trasforma en Él sin dejar de ser ella individual. Acaso una de las características más bellas de nuestro misticismo, y la que le distingue de un modo principal, es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Tal vez, como dice un ático escritor contemporáneo, la misma compresión en que gemían los Luíses y los Juanes les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, á la manera que la bala, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale disparada en línea más recta y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y empuja el plomo.

Mas no olvidemos el precedente histórico; ni que para señalar las calidades y cualidades que adornan las especulaciones y arrobamientos de la seráfica Madre, cuyo excesivo amor á Dios la sublimó á un tan alto modo de oración, que más parecía de ángel que ha-

bitaba en los cielos, que de persona que vivía en este destierro y valle de miserias [1]; es preciso volver atrás la vista y fijar la mirada en aquel *Doctor illuminatus*, tenido por unos como filósofo, cuya pluma y palabra eran guiadas por la inspiración divina, y por otros como zurcidor de herejías y proposiciones erróneas [2]; en aquel mártir mallorquín que, impelido por la pasión mundana, por las tentaciones de la carne, arrebatado y febril, penetró con su caballo en la iglesia de Santa Eulalia tras el objeto de sus atropellados y fogosos deseos, y que luego, como de improviso, fué rodeado de luz divina é inclinado á la penitencia en aquella hora de la tan ansiada cita amorosa en que, al ir á aspirar la peregrina hermosura de Ambrosia la Geno-

[1] El Padre Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, *Vida de Santa Teresa.*

[2] En tiempos de Sixto V, al removerse el expediente de beatificación de Ramón Lull, se encontraba en la ciudad Cesárea el célebre Gabriel Vázquez, el cual escribió en los *Comment. in* I *part.* Sum. Th., disp. 133, cap. IV: *Caeterum magna de hac re excitata fuit controversia apud illustrissimos Cardinales Inquisitores, anno 1560, sub pontificatu Sixti V, dum ego adhuc Romae essem, multis ex Cataloniae regno contendentibus, Bullam Gregorii XI, qua damnantur Raymundi errores positam á Nicolao Eymerico in suo Directorio Inquisitorum, ab eodem fuisse confictam.... Adhuc sub judice lis est.*

vesa, descubrióle ésta su pecho corroído por un cáncer.

Y merece esta atención la escuela luliana, porque su carácter y la influencia indicada nos enseñan cómo es, al alborear la centuria décimasexta, la forma poética y literaria del misticismo, y cómo es éste más bien moral que metafísico, más práctico que teórico. Merece esta atención la escuela luliana, porque el mérito principal de nuestros místicos consiste en oponerse á todo escolasticismo, originando en la intuición y en la espontaneidad del propio espíritu el conocimiento, el amor, la contemplación en Dios. Se les ve siempre con tendencia á regular la vida anímica y servir de norma en aquellos momentos en que el espíritu, abandonando su apacible quietud y consorcio con Dios, pudiera perturbarse. El notable tratado de las *Contemplaciones*, del famoso contradictor de Averroes, encierra, en sus doce partes, el principio del conocimiento de lo divino, hallado por medio de la intuición ante el espectáculo de la noche serena, ante el cuadro de la apacible calma de los campos, ó en la escala milagrosa por donde la mirada interna asciende á considerar la bondad divina y á deleitarse luego

en la de otras infinitas y sublimes bellezas y perfecciones, honores y dignidades del Eterno. Así y todo, estos caminos por donde busca el alma la visión y gozo anhelado,—según muestra el mallorquín ilustre,—son largos y peligrosos; están sembrados de meditaciones, suspiros y llantos; pero los ilumina el amor, ese hijo de los cielos, ese hermano de los ángeles, que irradia salud y baña la frente de los hombres con rocío no menos vivificador que el que llenaba de perlas las nevadas corolas de las azucenas salomónicas y los cabellos de oro de la esposa en los pensiles del Sabio.—¿Cuándo llegará la hora en que el agua que corre hacia abajo tome la inclinación y costumbre de correr hacia arriba?—exclama en el Cántico del amigo y del amado [1].

«Preguntábale el amado al amigo: ¿Recuerdas alguna cosa con que yo te haya retribuído por quererme tú amar? Y contesta-

[1] Forma parte este cántico del libro v del trabajo que Raimundo intituló *Blanquerna*, impreso por primera vez en 1521 por Juan Bonlabii, en la ciudad de Valencia: trabajo en el que desenvuelve el peticionario al Concilio general de Viena, su ideal de perfección cristiana en el matrimonio, en la religión, en la prelacía, en el pontificado y en la vida eremítica.

ba el amigo: Sí, porque no distingo entre los trabajos y placeres que tú me das. Preguntaba el uno: ¿Qué cosa es más visible, el amado en el amigo, ó el amigo en el amado? Y respondía el otro que el amado es visto por amor y el amigo por suspiros, dolores y perseverancias. Preguntó el amigo al entendimiento y á la voluntad, cuál de los dos llegaría más pronto al amado: Corrieron ambos, y llegó mucho más pronto el entendimiento que la voluntad. Preguntaron al amigo: ¿De dónde vienes? Vengo de mi amado. ¿Dónde vas? Voy á mi amado. ¿Cuándo volverás? Estaré con mi amado. ¿Cuánto estarás con tu amado? Tanto, cuanto estén en él mis pensamientos. El amado enamora constantemente al amigo y le acude y fortalece en sus decaimientos, para que lo ame con mayor pasión; de suerte que en el decaimiento consigue mayor goce y nuevo brío.»

«Venid á mi corazón los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid á tomar agua á la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y del amor vengo, y en el amor habito.»

Amor místico es este, definido muy exacta

:

y profundamente por el ermitaño del monte Randa, al decir que era medio entre creencia é inteligencia, entre ciencia y fe. Sí, en efecto: el espíritu asciende asido de la mano de la intuición, que es amor, por la escala que le conduce á unirse con el amado, y así está con él y en él; el espíritu encuentra su unión deleitosa en la contemplación divina; el amado y el amigo se confunden en una *esencial* actualidad, pero sin que la personalidad propia se aniquile ó se destruya, ni las excelencias y bondades de aquél, congregadas en el sentimiento de éste, dejen de ser distintas y concordantes.

¡Divino erotismo y admirable poesía á la vez, según exclama un Académico moderno, que reune como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano; y realza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de Mayo y de alborada, de vergeles y pájaros cantores, casando por extraña manera á Giraldo de Borneil con Hugo de San Víctor!

Ramón Lull es, digámoslo así, la inicial preciosísima de nuestro misticismo. Él seña-

ló su tendencia práctica y escribió su evangelio en aquellos libros que legó al mundo al dejar su cuerpo en la tierra. Cerrado el sepulcro del Doctor iluminado, sus discípulos encargáronse de difundir los principios de la escuela á fines del siglo XIV y en el siglo XV; y los franciscanos, desde la sagrada cátedra especialmente, empezaron á hablar al pueblo en el lenguaje de aquellos himnos fervorosos, con aquel aroma de devoción mística, con aquella poesía dulcísima y divina, y con aquella espontaneidad del beato mallorquín; mientras que la doctrina de Santo Tomás de Aquino era profesada en las Academias y en las Universidades por los dominicos, comenzando, en los años primeros de la décimaquinta centuria, á alcanzar alguna popularidad el escolasticismo, esto es, cuando ya en las vecinas Italia y Francia se escuchaba hacía tiempo el rumor de las luchas escolásticas.

Nótese bien: el teológico y dantesco siglo que tiene por atributos la lira florentina, la pluma del Código de D. Alfonso, la espada de San Fernando, la tiara de Inocencio III, el plano de las catedrales de Colonia y Toledo, es el siglo del filósofo, jurisconsulto y

teólogo sublime Santo Tomás, quien con su inmenso genio influye sobre el derecho canónico, sobre la *Divina Comedia*, sobre la mente de San Luís, resume las ciencias todas, y simboliza con San Buenaventura la vida intelectual de los tiempos medios, reproduciendo ambos las tendencias del espíritu manifestado en la Academia y en el Liceo, si bien el idealismo platónico se cambia en el alma del uno en arrebatos místicos y contemplaciones extáticas, y el espíritu lógico del Stagirita trasfórmase en dogmatismo en la mente del Ángel de las Escuelas. El siglo XIII, repito, es el siglo de Santo Tomás; y si en España su luz, á semejanza de la luz de la naturaleza, necesitó recorrer un espacio para dar color á la flor y al fruto del árbol brotado de la semilla por él depositada, esta tardanza se explica por la oposición que presentaba á aquello que, velado y oculto en las abstractas teorías, salía de las cátedras universitarias, el esencialmente subjetivo, natural y sencillo misticismo español, en la escuela de aquel mallorquín extraordinario, *en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero teosófico y visionario del siglo* XIV, *juntamente con el saber enciclopédico del siglo* XIII.

Y he aquí cómo el Doctor iluminado influye en las escuelas místicas del siglo XVI; pues su subjetivismo se muestra en escala ascendente en Alejo Venegas y Fr. Luís de León, en Fr. Luís de Granada, en el franciscano Juan de los Ángeles, y en Pedro Malon de Chaide sobre todo. Doctrina luliana reproducen Diego de Estella y el apóstol de Andalucía:—como en las vegas de Mantua y en las iglesias de Asís materialmente se ve levantarse del paisaje ó vagar por las naves, borrando con su luz las sombras, la personalidad de Virgilio y la personalidad de San Francisco,—Raimundo aparece en nuestra mente cuando meditamos sobre las obras de San Juan de la Cruz, de aquel San Juan de la Cruz cuya alma estaba impregnada de aroma de ángel, del aroma más místico, más amorosamente poético, ó cuando estudiamos á aquella singular mujer, gloria de su siglo, de su sexo, de España, de la Iglesia, del linaje humano, y á la que deben, Leibnitz, según propia confesión, sublimes enseñanzas de filosofía, y el Catolicismo los laureles que conquistara en su campaña contra la Reforma, campaña tan gloriosa, por lo épico de sus triunfos, como la de San Igna-

cio, y superior á la del grande y prudente Rey,

> Firme rival del Támesis umbrío,
> Duro azote del Sena turbulento,
> Gloria del trono, de la Iglesia brío,
> Temido en Flandes, respetado en Trento [1].

Sus libros (habla Fr. Luís de León de los de la Doctora) traen á Dios á los ojos del alma, enseñan cuán fácil es encontrarle, y cuán dulce y amable es para los que le encuentran; ilumina en las cosas oscuras y comunica al alma el fuego del cielo. Consecuencia lógica son ellos de que la Santa, cual todos los místicos, haya considerado la vida anímica como una constante lucha en la que el arma es el amor y Dios el premio del combate. Esta existencia espiritual ha sido *alegóricamente* expresada siempre, por nuestros místicos todos, que han marcado los sucesivos estados por los que pasa esa vida, según la intensión del amor; y así San Juan de la Cruz, San Juan Clímaco, San Buenaventura, Santa Catalina de Bolonia, Sor Marcela de San Félix y Santa Teresa de

[1] Duque de Frías, «La muerte de Felipe II,» Oda.

Jesús escribieron : *La Subida del Monte Carmelo, El viaje del espíritu hacia Dios, La escala del Paraíso, Las Siete almas espirituales, Un romance al jardín del convento* y *El Castillo interior*, sirviéndose unos del símbolo de una escala, de una estrella ó de un huerto, y otros del de tres caminos : el de la purificación, el de la iluminación y el de la unión, ó el tránsito por Siete lugares, que es el de la ilustre reformadora de la orden Carmelitana, en su precioso *Libro de las Moradas*.

Hay un castillo tallado en un sólo diamante, un castillo de muy claro y limpio cristal, rico en estancias ; un hermoso castillo, mansión de la magnificencia y del deleite, digna de sus moradores, donde ha de celebrarse el Himeneo más sublime y feliz que jamás han visto las gentes. En ese castillo, que es el alma humana, no hay que entrar, porque dentro de él se está; y, sin embargo, no todos ocupan el sitio en que parece que se hallan. Hay muchas almas que viven alrededor del Castillo, allí donde se encuentran los que le guardan, y no les importa conocerlo interiormente [1]. El penetrar en sí el

1 Primeras Moradas, cap. 1.

espíritu, es el anhelo y el fin del místico; pues de esa suerte llega á conocerse y á entenderse á sí mismo, halla á Dios en el centro de esas magníficas moradas, y la inteligencia pura, en toda su simplicidad admirable, le ama, con Él se confunde y compenetra; y en esos momentos considérase el alma como en un Paraíso en donde la Divinidad y ella tienen deleites sin tasa.

Penosa y larga es la jornada que ha menester hacer el ánima para alcanzar ese término, si así es lícito expresarse, de lo que en en realidad no tiene fin. Asperezas y abrojos lastiman en esa larguísima senda en cuyo comienzo acechan las tentaciones. En la puerta que da el primer acceso á ese castillo del alma, vigilan los espíritus malos, ideas miserables y mundanas, la oscuridad y la tiniebla; mas olvidando lo que nos amarra á este bajo mundo, desciñéndonos la vestidura terrestre, podremos conocernos, conseguir que se nos abra la cerrada puerta de la mansión del Eterno Rey, y besar, al fin, como la Magdalena, los piés de su Redentor. Despacio camina el místico en su peregrinación: siete son las moradas que le separan de ese sol de brillantez incomparable que está en la

cúspide, en la última estancia del resplandeciente y hermoso castillo, de esa perla oriental y árbol de vida plantado en las mismas aguas de nuestra existencia, que es Dios [1]. Mas ¿para qué volar, si podemos ir por lo seguro y lo llano, acompañados por la humildad y la perseverancia; esa *virtud* comparada por la Santa á la abeja en la colmena, y que, como ella, nunca sale sino para traer el néctar de las flores?

Abre la puerta de entrada al castillo interior la oración, y una forma de ésta es preciso entonces para cruzar las siete moradas.

La oración necesita de la *consideración*. Aquélla es más mental que vocal, y exige ser meditada, pensada, *considerada*, porque si no deja de ser tal oración. Habiendo entrado el alma en sus propias facultades, arrollada y encerrada en sí misma, como consecuencia de la oración, brotan en ella, en las primeras moradas, contentos espirituales, delicias y ternuras nunca sentidas, pero en las que nada hay de sobrenatural. Allí Belial la asedia con todo género de tentaciones y atractivos; pero la razón muestra al espíritu el en-

[1] *Moradas* primeras, cap. II.

gaño, diciéndole que todo aquello nada vale en comparación de lo que anhela ; enséñale la fe cuál es lo que cumple ; le representa la memoria en lo que paran todas las cosas del mundo, recordándole la muerte de los que mucho gozaron ; la voluntad le inclina á amar, iniciándole vida y ser puros cerca del verdadero amador, y el entendimiento acude á persuadirle de que no puede ganar mejor amigo que el Amado de Lulio, y le dice, asimismo, que la sociedad está sembrada de falsedades; que los contentos que le ofrezca contradicción y trabajos serán al lado de las celestes dichas que ha de sentir ; que se convenza de que fuera del castillo no hallará seguridad ni paz, y que si su voluntad y su amor no se anulan, si no anda perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos, señor será de todos los bienes [1]. Razones son estas que fortalecen al alma y la serenan. Perseverando en la oración, tras estos victoriosos combates pasa á las segundas moradas, y de éstas á las terceras. *Beatus vir qui timet Dominum*, exclama, con el salmista, la seráfica Madre, en su magnífico libro doctri-

[1] *Moradas* segundas, capítulo único.

nal, *especie de Apocalipsis de sus obras.* Una vez el espíritu en las cuartas moradas, comienzan en ella ya á herirle con alguna viveza rayos purísimos, y más deslumbradores que los destellos y centellas que en el cielo empíreo salen de un río de luz que corre entre floridas márgenes, y que, uniéndose al esplendor de las flores, vuelven á las aguas luminosas. Estos rayos son los de la bondad infinita del Eterno. El corazón se dilata con placer nunca sentido, y una fragancia celestial y suavísima casi anula las facultades. La oración de recogimiento ayuda al alma, que se entrega embebecida en brazos del amor. Como estas moradas no son las de pensar mucho, sino las de amar mucho [1], el ánima reconcentra sus potencias en el amor de Dios; las recoge en Él, y absorta y anonadada en la contemplación (que ha sucedido á la meditación) de un mundo nuevo ornado de misterios y de dulzuras, cae en un estado de abandono de sus propias fuerzas, en el que toda especulación es imposible.

La tranquilidad y la calma han sustituído al esfuerzo y al trabajo. *Considerando* ha en-

[1] *Moradas* cuartas, cap. I.

contrado la *verdad* el entendimiento, y, no bien la ha adquirido, la ama y la contempla en reposo, en silencio. El espíritu del místico vive pasivamente recostado sobre las manos de Dios, del cual recibe la luz y la gracia; y resignada la voluntad, no produce, sino que adquiere. Con sólo abandonarse y olvidarse de sí mismo, de sus gustos y regalos, de su provecho y de sus mundanales determinaciones, acordándose únicamente de la honra y gloria de Dios, ha producido en él su Divina Majestad esa cesación ó suspensión de la libre actividad de la inteligencia, le ha mostrado cosas sobrenaturales y celestes, le ha impregnado el alma de un aroma divino que le hace sentir sin esfuerzo, concebir sin acto discursivo, y determinarse á ello sin atención ni trabajo; le ha dejado absorto el conocimiento con las irradiaciones de una luz muy sobre la que podemos alcanzar, la cual le sume en la admiración y en el gozo más sin industria que jamás sintiese, y le proporciona más perfecta y acabada percepción de lo divino, sublimándole en los afectos. Llegado á este lugar el espíritu del místico, sólo se da cuenta de los himnos de amor que le ensordecen, de las ondas de

luz y gracia que le ciegan, de los divinos perfumes que le embriagan, y en ese estado pasa de estas moradas á las quintas, en las que su alma preséntase otra vez activa y dispuesta á unirse por medio de la oración con la divina Bondad, y á desvanecer en Dios su vida con Cristo : *que nuestra vida es Cristo*, como dijo el Apóstol [1]. Esta actividad y conciencia del alma en la oración de enlace divino, fúndase en la caridad y en el amor del prójimo; en la caridad que ordenó á la Esposa Dios cuando la condujo á la bodega del vino; en el amor que enseñara al hombre con el ejemplo Jesucristo al convertir en su voluntad é imponerse el deber de obedecerle á aquel Padre suyo, cuyas ofensas recibidas de la humanidad afligieron á Jesús mucho más que las tristezas del camino del Calvario, que inspiraron á Rafael el Pasmo de Sicilia, y las de la agonía, que inspiraron á Velázquez un Cristo, apoteosis de la idea de redención y de la idea de castigo, á cuyo pie debiera leerse : «Un muerto tal sólo el Dios verdadero puede ser;» y no se lee, porque aquel fondo negro, los cabellos caídos,

[1] San Pablo, Epístola á los Colosenses, cap. II.

toda la pintura mueven á tal sentimiento de admiración y de terror á la vez, que la mano tiembla, y no se atreve á acercarse á escribir la frase.

¡Oh gran deleite, sentir tormento por hacer la voluntad de Dios [1], escribe Santa Teresa llegado este punto.

No hay, pues, para el místico más voluntad que la voluntad divina. En eso consiste el verdadero consorcio espiritual : que el humano espíritu que Dios ha llegado á hacer suyo, no semeja otra cosa que la blanda cera dócil al molde, que aquí es lo divino.

Una vez alcanzado ese punto, trabaja el alma por labrar el aposento espiritual y ser así recompensada con el dulcísimo bien que anhela y que la guía. La razón vacila, la memoria halaga, el entendimiento importuna, el mundo llama á sí con sus atractivos, la senda llega á ser peligrosa y difícil, pues silvestres zarzales y agudos sílex la cubren de punzantes espinas; pero la voz de Dios, la armoniosísima palabra de Dios infunde ánimo, vierte la delicia de una dulce y dorada esperanza; sus divinas melódicas frases

[1] *Moradas* quintas, cap. II.

ahuyentan las tentaciones, los temores, las tristezas, y *se une con su Majestad la esencia del alma*, pero sin que comprenda ésta todavía los divinos secretos, sin que Dios fíe al pensamiento aún ninguna de sus más grandes y luminosas verdades.

Nos hallamos ya en las sextas moradas. Aquí comienza Dios á revelar alguna de las felicidades sin cuento que al alma esperan en la vida futura, y á descifrarle muchos de los enigmas y jeroglíficos que se encuentran grabados en las piedras miliarias del camino del mundo.

La divina Bondad, movida de piadoso anhelo, á causa de haber visto padecer tanto tiempo por su deseo al alma en el interior de ésta, hace brotar una centella luminosa que la abrasa y renueva, y purificándola de todo pecado, dándole celestial blancura, la convierte en asiento y regocijo de Dios, que en ella se posa y permanece como en el cielo empíreo. He aquí el alma mística arrobada, extasiada. Dios está en su espíritu, su espíritu en Dios, y Dios y su espíritu se unen en amoroso y castísimo suspiro, en dulce himeneo, en cándido y delicioso consorcio. Cosas del cielo y representaciones imagina-

rias se suceden en el alma; Jesús se muestra y es percibido por los sentidos, y, por tanto, visiones intelectuales y representativas tienen lugar en ese místico estado, en las sextas moradas. Las primeras de estas visiones quedan impresas en la memoria, de modo que jamás se olvidan, pero no pueden ser dichas al mundo, porque su sublime naturaleza lo impide. Recordad que Moisés no supo decir todo lo que en la zarza viera, sino lo que Dios quiso que fuese revelado á las gentes, y que Jacob únicamente dijo de la escala mística, que por ella subían y bajaban ángeles, y eso que la mística escala sirvióle para comprender muchos de los grandes misterios que se ocultaban á sus potencias.

Las segundas de aquellas visiones pueden ser objeto del comercio intelectual del mundo, y son, por consiguiente, menos superiores.

Llega ya el instante en que el alma está dispuesta á alcanzar el apetecido y codiciado lugar, por el que ha ido en peregrinación perseverante y piadosa. Á semejanza de San Pablo en su conversión, el místico, al ser arrebatado por Dios á la sétima morada, siente anuladas su sensibilidad, su inteligencia y

su voluntad por el deleite experimentado en su alma en el ascenso rápido é imprevisto, durante el que grande ánimo es necesario á veces para no atemorizarse; un ánimo mucho mayor que el necesitado por el rústico que no conoce más mundo que el que limita el pino que corona la cumbre más apartada de su valle, para no aterrarse en medio de las olas. Mas así como al asombro sucede en el rústico de la comparación la alegría de juzgarse el más felíz de la tierra si la playa á que arriba tiene el encanto de aquellas en que florece el canelero y se oyen admirables coros de sinsontes en los aires, al miedo del alma en su rapidísimo viaje espiritual, sustituye—no bien se desvanece el espíritu en la sétima morada, en las mansiones iluminadas como ningún mortal sería capaz de imaginarlo—la dicha de sentir y conocer placeres y maravillas inenarrables, pues allí «entiende el alma lo que tenemos por fe [1]» en la áspera cuesta de la terrenal vida. El alma no se separa de la materia, sino que su intensidad luminosa para conocer y para sentir crece de tal modo, que llegan sus ha

[1] *Moradas* sétimas, cap. 1.

ces de luz muy lejos, aunque partiendo siempre del núcleo que tiene por red el cuerpo humano. La Bondad divina se posa en ella y le manifiesta en aquel momento, de manera muy subida, cosas del cielo y grandísimos deleites de la gloria. El desposorio espiritual es ya un hecho consumado: el espíritu de Dios y el alma humana se unen y se confunden como en un solo himno de perfumes los de dos flores de un mismo tallo, y forman una luz, la luz única de una estancia, los rayos que penetran por dos ventanas distintas.

Dios y el alma son, pues, una sola cosa. Mi amado á mí, y yo á mi amado. *Ut omnes unum sint, sicut tu pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint* [1]: así dijo Jesucristo orando por sus Apóstoles, según palabras del Evangelista.

El inmenso amor de Dios sepáranos más y más de lo corpóreo, y la unión hácese más indisoluble y completa, viéndonos y contemplándonos en el purísimo espejo de su divina bondad, que refleja nuestra imagen en actitud de escuchar la magnífica sinfonía de

1 San Juan, cap. XVII, vers. 21.

la bienaventuranza prometida por el Eterno á los que le aman. Al sentir estos sublimes goces, al tocar en las lindes de tan inmensa felicidad, nos advierte la pérfida carne que todavía vivimos en este valle de lágrimas y desventuras, el alma acuérdase de que se halla engarzada al cuerpo, y resulta como un dualismo vital; pues en tanto que una porción del hombre permanece pegada al planeta y sometida á sus inmutables leyes y á las de la sociedad, el espíritu se une á Dios en el cielo empíreo. Gime el alma acordándose de que no ha salido todavía de la cárcel, cuyos techos y paredes la oprimen; se retuerce de dolor al considerar que el mundo físico la tiene amarrada aún con las cadenas de la carne, y exclama: *¡Oh vida enemiga de mi bien: quién tuviera licencia para acabarte! ¡Súfrote porque te sufre Dios: manténgote porque eres suya: no me seas traidora ni desagradecida! ¡Ay de mí, Señor, que mi destierro es largo!*

He ahí el misticismo de Santa Teresa de Jesús y su manera de expresarlo. Vaciado en el molde de su libro de las *Moradas*, expone la monja de Ávila un sistema místico cristiano, en el que el punto de partida es la ob-

servación psicológica. Γνῶθι σεαυτον, escribió la sabia Grecia en el templo de Delfos, y esa máxima socrática responde á la tendencia doctrinal de la Santa; pues el que se desconoce, mal puede conocer lo divino y rendir á Dios el homenaje y el culto que se le deben. Sócrates y Santa Teresa consideran el conocimiento de sí propio como un medio, no como un fin; como el primer grado, como la vía preparatoria para llegar al de lo infinito y de lo perfecto. El misticismo de la Santa, cual todo el misticismo español, arranca del supuesto de que el fin humano consiste en anhelar y alcanzar el conocimiento, el amor y el consorcio con Dios, señalando por base esencial de sus *Moradas* el análisis psicológico y la observación interior, en tanto no se sale de la *ronda del castillo*. Nota maravillosísima es esta del psicologismo que distingue á todos nuestros místicos, á todos nuestros filósofos, en especial á los no escolásticos é independientes del siglo XVI, y que se originó cuando Luís Vives, anticipándose á escoceses y cartesianos, alzó la voz en pro de la *tacita cognitio*, de la *mens in se ipsam reflexa!*.... Nota maravillosísima que nos persuade de que la teología sería presa de fatal é irremediable

vértigo, si dejase de saber que es el sujeto que conoce, porque sólo el raciocinio puede salvarnos de las fatales corrientes del moral escepticismo de Pascal ó del budhismo nihilista de Miguel de Molinos.

Este agudo análisis subjetivo de la Doctora de Ávila y de los místicos del siglo XVI, dota á sus escuelas de la mayor originalidad é imprímelas un sello que las distingue de las de otras épocas y edades. Pero convengamos en que esta observación preciosa que el misticismo de Santa Teresa nos sugiere, no es radicalmente propia y exclusiva condición originada en su inteligencia. Corría el siglo XVI, el siglo de las grandes controversias teológicas y guerras religiosas, el siglo de la reforma luterana y calvinista, el siglo de León X, el siglo en que se ajustó por última vez la caballería su hermosa espuela en Carlos V y Francisco I, el siglo de Enrique VIII y de Felipe II, de aquel Felipe II que hacía estremecer á Europa con sólo poner la mano en el mapa, que engarzó el sol como piedra preciosa en su magnífica corona, y de cuya grandeza es firma el templo admirable levantado por Herrera en la vertiente del Guadarrama. La seráfica Madre no vivía en tal

aislamiento que dejara de oir los siniestros rumores de los sectarios de Lutero, el eco de las acaloradas contiendas que provocaban en la iglesia de Ginebra los amigos del sucesor de Farel, autócrata envidioso, mezquino, vengativo, cruel, pero de grande y metódico talento, correcto escritor de los que podan la frase de tal suerte, que ofrecen la copia exacta de la idea; y porque los oyó, tomó la pluma, y, con su misticismo, minó el edificio heterodoxo levantado por los hijos rebeldes de Roma, por los hijos de Satán, que apartáronse de la única sociedad que conserva y difunde esa vida que se llama Dios en la Edad Moderna,—la Iglesia católica,—y protestó con su mística teología callada, pero vehementemente, contra el empeño de imponer el dogma por medio de la fuerza y de resolver los problemas religiosos con la espada y con la lanza. La escuela de Teresa de Jesús, forma perfecta de la más grande confianza en el amor divino, consideraba este como el formidable muro en el que había de estrellarse toda herejía. El insaciable amor y la ardiente é inagotable caridad eran para Santa Teresa armas invencibles y las únicas aceptadas por la religión

del Crucificado, que Dios no quiere que las ovejas separadas del redil vuelvan á él por el palo del pastor, sino por la piedad y el arrepentimiento que inspiran el consejo y el ejemplo. La propagación de la reforma luterana y calvinista, en vez de ponerle la ira en el corazón, cubría el cielo de su alma con una nube de tristeza, inspirábale el más tierno sentimiento de caridad hacia los desgraciados sordos á la palabra Divina, y motivaba en sus labios oraciones y plegarias al Todopoderoso,—poemas los más sublimes de la abnegación y del sacrificio—en solicitud de que le diese dolores y penas y se apartase de su espíritu, á cambio de que los seres de razón soberbia, las almas de apagada fe é irrespetuosas con Dios, volviesen arrepentidos al amorosísimo seno de la Iglesia católica.

Así, de esta suerte, olvidando encarnizadas guerras de los hombres y mundanales enconos, confiada en la acción eficacísima del amor divino, y anhelando atraer con su reforma religiosa y sus preciosísimos libros á las florestas de la virtud las almas tibias ó envueltas en la ceniza de la duda, continuaba la Santa su perenne vuelo hacia la celestial morada:

Qual saturo augel, che non si cali
Ove il civo mostrando, altri l'invita [1].

El sublime y bellísimo sentimiento de caridad indicado es más vigoroso aún en las teorías místico-teológicas de Santa Teresa, contrastando con la implacable crueldad de los dos campeones del dogma; pues todo el siglo XVI, llámese Felipe II ó Calvino, Lutero ó Duque de Alba, carece, según ha dicho un escritor notable, de lo que en grado máximo tiene nuestro misticismo: piedad.

Su ardiente caridad y exaltado carácter psicológico libran á la angelical Doctora de las exageraciones del panteismo, y aun del agustinianismo predicado en tales días y aceptado por aquellos dos falsos y mas fogosos apóstoles de la Reforma.

Nunca, á pesar de sus trasportes místicos, sacrifica la Santa ni el principio de la libertad humana, ni el de la propia personalidad, ni la realidad del universo, ni la responsabilidad de sus propios actos....; todo, absolutamente todo queda á salvo, aun en la sétima morada, donde se consuma el espiritual consorcio, pues la ilustre monja sabe y entiende

[1] Tasso, *Jerusalemme liberatta.*

los maravillosos fenómenos que entonces se suceden.

É insisto en este punto, porque,—como dice un erudito contemporáneo,—la impiedad moderna, en su diabólico afán de confundir la luz con las tinieblas, y llamar bueno á lo malo y á lo malo bueno, ha proclamado por boca de sus doctores sin luz que el quietismo y las sectas alumbradas nacieron del misticismo español, siendo fruto legítimo suyo; y, en su consecuencia, que Miguel de Molinos desciende de Santa Teresa de Jesús, que la mística española es panteista, y otros mil absurdos de la misma laya.

¡Nihilista la Doctora de Ávila! ¡El misticismo español henchido de egoismo negativo! ¡El alma de los Luíses y de San Juan de la Cruz aniquilada, absorbida en el ser, aquietada, reposada, confundida y desvanecida en Dios, como en la Nada! ¡Perdida la personalidad, muerta la conciencia individual de Malon de Chaide y Sor Marcela de San Félix en sus éxtasis y arrobamientos! ¡Y, sobre todo, apóstol del molinosismo la autora del *Castillo Interior!* Imbéciles los que tal exclaman. Ciegos los que no ven en la historia

á aquel Juan de Valdés que, concertando y mistificando las doctrinas del maestro Eckart y de Suso, de Ruysbroeck, Tauler y Melanchton, defendió en las *consideraciones divinas* el *quietismo* y el *nirwana*, que luego habían de informar la guía espiritual de aquél, acusado de hereje, en 1685, por el embajador de Francia en Roma, Cardenal D'Estrées, obedeciendo orden de Luís XIV, aconsejado por el P. La-Chaise. Crasísima ignorancia la de los que no ven, asimismo, que, precedente lógico de la mística de Molinos son las Instituciones de Tauler, la obra acerca de los cuatro postrimeros trances de Dionisio Richel y la teología de Henrico Herpio, libros condenados en el Índice por el inquisidor Fernando de Valdés.

¡Osado ha de ser aquel que compare, después de meditadas, la mística de Molinos con la de la ilustre reformadora del Carmelo! ¿Que inquieta á Santa Teresa, como inquietó á Bossuet, como inquietaba al dulce autor de *Los nombres de Cristo*, la tendencia gnóstica de abstraer la humanidad en la contemplación del hombre?.... ¡Enhorabuena! Pero ¿acaso olvida su consideración la bella Doctora de Ávila? ¡Oh! antes al contrario.

Oid al místico hermano de la seráfica Madre, á aquel angélico poeta cuya palabra es tan dulce para el alma, como lo fué para el labio la miel de Engaddi, San Juan de la Cruz. El romántico religioso nos dice, «que por la vista y meditación amorosa de Cristo se subirá más fácilmente á lo muy levantado de la unión, porque Él, Señor nuestro, es verdad, camino y guía para los bienes todos [1].» Jamás, jamás separa Santa Teresa la vida activa de la contemplativa, pues si en la oración de quietud el alma es María, en la oración de conjunción el alma es Marta. Reproches hace á los que, por estar muy embebidos en las contemplaciones y rezos, no osan distraer en nada el pensamiento para que el espíritu continúe recogido. ¡Aquí de los quietistas y nihilistas! ¡Aquí de Molinos! Leed las quintas moradas del *Castillo Interno* de la monja carmelita. Obras quiere el Señor. ¿Qué saben los escritores á quienes increpo del camino por donde se alcanza la unión? Si veis alguna enferma necesitada de alivio, si está en vuestra mano el prestárselo, salid del recogimiento: olvidad vuestro dichoso

[1] *Avisos y sentencias espirituales.*

estado, y, compadecidos de sus dolores, ofrecedle el bálsamo que poseéis y puede remediarla en sus dolencias. He ahí la verdadera unión. ¿Encontráis en esto la raíz del molinosismo? Unión mística es la de la Santa, expresada con símiles exactos y delicadísimos en sus libros, en la que el espíritu se da cuenta de sí, se reconoce á sí propio, y, *fortificado con el vino de la bodega del Esposo, vuelve á la caridad activa y á las obras.* Unión mística es, que no lleva consigo la negación del libre albedrío y del conocimiento de sí propio, ni el panteismo y el quietismo de Sakya-Muni, de los alejandrinos, de los gnósticos, de los begardos de Cataluña y Valencia y de los herejes de Durango, verdaderos progenitores de Molinos.

Para Santa Teresa la unión con Dios es la recompensa de la caridad. Los grados que se consignan en su amor se conocen en los que se alcanzan en el de nuestros semejantes. Por esto «no exclama la Doctora de Ávila, como la discreta Victoria Colona, catequizada en mal hora por Juan de Valdés:

Cieco el nostro voler, vane son l'opre,
Cadono al primo vol le mortal piume,

sino que escribe en una de sus *Moradas:*—«Estad ciertas, hermanas, que mientras más en el amor del prójimo os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios.»

No menos distante que de la Marquesa de Pescara, está el misticismo de Santa Teresa —á pesar de lo que algunos hayan afirmado —de los sueños de aquella viuda elegantísima y hermosa, mujer de mundo y de grandes atractivos, amiga del Padre Le-Combe y del Cisne de Cambray, hada del hotel Beauvilliers, *coqueta á lo divino*, petulante y vanidosa, que conocemos por el nombre de Juana de la Mothe Guyon. La humildad brilla por su ausencia en los escritos de esta Priscila de los místicos de aquellos tiempos. Considerábase la madre espiritual del gran Fenelón [1]; decía que disfrutaba de una felicidad semejante á la de los bienaventurados, salva la

[1] Es cosa inexplicable cómo Mad. Guyon pudo llegar á fascinar al elocuentísimo Arzobispo de Cambray, y hasta á influir en el espíritu del contradictor de Mallebranche, de tal suerte, que no viese éste el heretismo tan visible de Juana en sus obras, y se negase á condenar sus escritos enfrente de las determinaciones de Bossuet, del Arzobispo de París y los Obispos de Chalons, de Saint-Cyr y Chartres. Esta defensa de la autora de los *Torrentes* le valió á Fenelon un vergonzoso destierro de la corte.

visión beatífica; juzgábase nacida para la predicación y la enseñanza; intentaba convertir á los ginebrinos en unión con el director de las jóvenes católicas de Gex, y llamábase con extraordinaria y femenil arrogancia la esposa del Niño Jesús.

Enseñaba que el amor perfecto y desinteresado consistía en hacer desaparecer en el seno de Dios el alma, en un aniquilamiento tan total de ésta, que nada anhelase, ni siquiera la salvación propia. ¿Cómo parangonar estas doctrinas de la vanidosa Mad. Guyon con las magníficas de la humilde, grande é inspirada monja de Ávila? Equivaldría á comparar las obras producidas por el paganismo intelectual italiano extendido á Francia por Francisco I, Mazarino y Luís XIV, y las cristianas obras de la bella y religiosa escultura de Berruguete, Montañés y Luísa Roldán, quienes nunca conversaron con la estatua antigua, á fin de recoger su imagen, ni pusieron sus cinceles sino al servicio de los altares y de los templos.

Aquella teoría de la anihilación explanada por la reclusa de Vincennes; aquella teoría que enervaba la voluntad y contagió al autor del *Tratado de la existencia de Dios*, no la

hallaréis en los libros de teología mística de la virtuosa hija de D. Alfonso Sánchez de Cepeda, el astro de luz más pura y radios más hermosos que resplandece en el diáfano cielo azul de las letras españolas. Santa Teresa habla de los deseos, impulsos, tendencias ó apetitos que con su pernicioso imán desvían la aguja magnética de nuestro espíritu del norte de sus aspiraciones, de las perniciosas y mundanales influencias que, en la sutilísima vía que recorre el espíritu, imposibilitan la llegada de éste á su real y ansiado término, del amor, posesión y conocimiento de Dios.

La individualidad de Santa Teresa es constante, verdadero subjetivismo, siendo por sí, aun en aquellos momentos de unión más perfecta y de goce más supremo, en la permanencia del alma en Dios y de Dios en el alma. Bajo este punto de vista no puede admitir paralelo ni semejanza la escuela teresiana con la de los Victorinos, ni con el misticismo brutal de aquel demente de Charenton, preso en la Bastilla por influjo de Monseñor D'Harlay, ni con las teorías de Gerson; y los libros de la Doctora no ofrecen términos comparables con los cuarenta volúmenes

escritos por la protegida de Mad. de Maintenón, por aquella mujer singular que vivió visitando conventos y suntuosos salones, que reunió en sí el carácter teatral de la corte de Versalles y la fecundidad mística y filosófica de su época.... Ni aun siquiera hay analogía entre las obras de la seráfica Madre y las del gran Fenelon, tan impregnadas de evangélica ternura, por los asomos del molinosismo que la autora de la *Explicación mística del Cántico de los Cánticos*, la celebérrima Juana de la Mothe, inculcó en el Obispo que lleva el nombre de Cisne de Cambray por la melodía de su frase, por ser su frase tan dulce, que hay en ella la casta y tímida dulzura de la paloma, ave del altar; la sagrada dulzura del cántico de una alondra, ave del cielo que trae á los seres en la alborada el primer beso de Dios, y la dulzura de los arpegios del ruiseñor del valle, ave de la naturaleza, en cuyo pico únicamente se oyen alabanzas á la mano que enciende el sol en las cimas de la inmensidad y borda el florido manto que viste la primavera con la alegría bendita que se adorna la esposa para agradar al ídolo de su alma.

La mística española sabe la parte que corresponde á cada una de las facultades, fenó-

menos y expresiones de las potencias del alma, lo cual la libra del panteismo, según queda indicado. Débese también á ese cumplido conocimiento del espíritu que «el alma mística salga de su unión con Dios más hábil é idónea para la vida activa.» Dios no la abandona: el alma, después de haber poseído á Dios una vez, llénase de Él toda; le lleva en su centro, siéntele allí y en los demás seres semejantes suyos y no semejantes, animados é inanimados. Y este fuego que brota en el alma, y que no se extingue, es el fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, más vivo y de poder más sublime que ningún amor profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios y que Dios está en todo, y aun lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni inmundo:—el sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia lo impuro de la materia, prestando la excelsitud, la expresión sobrenatural de belleza que dieron á la carne macerada Ribera en sus mártires, Carducho en sus monjes, el ascético Zurbarán en sus cuadros penitentes; sobrenatural belleza sólo posible de ser contemplada plenamente por la gracia y en la eternidad, y

que Murillo entrevió por un singular privilegio, según dice muy bien un gran escritor católico, en las nítidas concepciones de su angelical mente, y ha diseñado entre celajes en las armoniosas glorias escapadas á su inimitable pincel.

Sí; aunque nuestros místicos especulan tan atrevidos y dificultosísimos conceptos, no se desvanece el *yo*, como el perfume de un lirio solitario en la extensa atmósfera, efecto de su vivo sentimiento del ser individual y su amor á la acción. Éste impúlsales á exaltar la conciencia de la propia personalidad, cuya actividad constituye la parte práctica del misticismo de Santa Teresa y de sus contemporáneos:—los deberes caritativos, las buenas obras, sus preceptos humanos. He aquí la nota esencial que distingue á la mística ortodoxa de las otras escuelas contemplativas, que recomiendan, como hemos visto, guiadas de un bárbaro egoismo, la inercia y la inacción. Jamás debe abandonarse todo á la contemplación: de ésta y de la acción se compone la vida, y aunque Dios prefiere, entre uno y otro extremo, el más puro é individual, recomienda con eficacia las obras. Tanto, que en el viaje del alma

mística, en las *Moradas*, no se separa Marta de María ni María de Marta, ni aun en aquel magnífico y gozoso momento en que se verifica el espiritual matrimonio, y el alma parece como que, abismada en Dios, olvídase de todo, incluso de sí propia, por contemplar la Bondad Eterna. Ni aun en esos momentos quedan inerte la inteligencia y aquietada la voluntad, sino que el alma toma fuerzas é ideas para el bien del prójimo y ama á Dios en los hombres. Las obras son, pues, la inequívoca señal del verdadero y ortodoxo misticismo. De ahí que para distinguir la contemplación de buen espíritu, de la falsa, ó de espíritu malo, haya—como alguien ha dicho—una regla general infalible dada por el Divino Maestro: *Por los frutos se conocen los árboles donde nacen.*

Santa Teresa reune, pues, al más exaltado y ardiente ascetismo, una caridad sin ejemplo. No es extraño, por lo tanto, que estas escuelas y doctrinas de teología mística inspirasen á Santo Tomás de Villanueva y á San Juan de Dios, á San Diego y á San José de Calasanz, á San Antonio de Padua, á San Francisco Javier y á San Ignacio de Loyola, porta-estandarte glorioso de la Iglesia católi-

ca, una de las honras más altas y de los bienhechores más grandes de la humanidad y de la patria, tipo perfecto de caridad cristiana. Origínase esta excelencia de nuestro misticismo, ya desde el Iluminado, en la poderosa eficacia que á la voluntad conceden todos los doctores para buscar á Dios en el ápice de la mente, en lo más íntimo y sutil, y en considerar la unión del espíritu con el Bien absoluto, más que como una identidad de conceptos ó como una confusión de sustancias, como un poderoso efecto de la voluntad que lleva al alma y la hace penetrar en los ocultos y desconocidos senos de lo divino.

Según queda indicado, sírvennos de antecedente el estudio del *yo* de Santa Teresa en especial, el estudio psicológico minucioso y profundo que, como propedéutica de la Teología mística, hacen con frecuencia nuestros doctores. El perfecto conocimiento en conjunto de nuestras facultades, afectos y propensiones; el papel principal concedido á la razón humana; el discreto cuidado en no parangonar ésta con la fe, ni el sentimiento con la inteligencia, evitando así desacatos ó desdenes á una ú otra facultad; la participación consciente, activa, que del bien abso-

luto alcanza el alma, la diversidad entre ésta y el *yo*, la fuerza que en el espíritu y en cada una de las potencias determinan los estados contemplativos, son, á la vez que «luminosas indicaciones que la psicología racional debiera recoger para evitar la clausura angustiosa del espíritu de los días de Reid, Cousin y Hamilton,» testimonios del altísimo y exacto criterio, fecundo para la ciencia psicológica, que presidió aun en sus visiones y éxtasis los estudios del alma humana de aquellos místicos, sabios y santos, que, de haber sido imitados en su método y procedimiento por los discípulos de Descartes, no hubiesen éstos caído en el escollo del conceptualismo y habrían precipitado el *progreso de las soluciones unitarias*, *retardado por el falso psicologismo de escoceses y franceses*. Santa Teresa, comprendiendo, como el Doctor Angélico y como aquel maestro de Plotino y de Proclo, de San Justino y de Tertuliano, de San Clemente de Alejandría y de San Gregorio Nacianceno, que no empece la división escolástica á la indivisibilidad del alma, distingue ésta del espíritu. Ella expone á maravilla la significación y el papel de cada una de las potencias anímicas, y habla con ad-

mirable cordura acerca de la imaginación, compañera de la memoria y de la melancolía, que debe ir gobernada siempre por el entendimiento, pues sus alucinaciones y quimeras á veces perjudican á la tranquilidad y á la visión perfecta de la inteligencia.

Pero nada significan estos valiosos principios, deducidos de la escuela de la Avilesa ilustre, al lado de su teoría de la voluntad y del valor ontológico que da á esta concepción, la más original y filosófica de los místicos del siglo XVI, y por cuya profundidad sólo son comparables las páginas de Teresa de Jesús á las del elocuentísimo fraile de *Scala Coeli*.

Importantísima es en filosofía la doctrina acerca de la voluntad. En ella encontró la Doctora de Ávila la demostración del libre albedrío, la explicación de la causalidad propia é individual, el nexo metafísico del alma con Dios, mediante la ley del amor, que por existir de igual suerte en el Ser Supremo y en las criaturas, acerca y une mutua é irresistiblemente á éstas y á Aquél. Es la voluntad fuerza celeste que enlaza, con anillo de diamante divino y en amoroso beso, á Dios con el hombre, y causa en el espíritu los varios y distintos afectos del alma en el camino de

esta humanidad, triste y llorosa como Agar en el desierto, desde que perdió la gracia en aquella hora de vergüenza en que á nuestro padre Adán asustó el pecado y atemorizó la idea del castigo. Esta fuerza divina, en la mística ortodoxa de la Madre Carmelita, por su propio y natural impulso, y ayudada del amor, declara al conocimiento los diferentes estados, los dones, las excelencias y las gracias que el alma recibe de Dios en su continuado vuelo.

De la misma manera en el maestro Fray Luís de Granada:—El hombre es imagen y semejanza de Dios por la razón y por la voluntad. Dios es la inteligencia suprema, la idea de las ideas, origen y medio de toda visión intelectiva, el bien de los bienes, el amor infinito. Porque es la moralidad absoluta, crea y se comunica. La razón humana tiene en sí la idea del bien, pues en el bien se halla la verdad. La voluntad ama esencialmente el bien. Para cumplir y satisfacer el anhelo constante, que es Dios, hay dos senderos: el estudio y la oración; más llano éste que aquél. Para conocer á Dios es preciso amarle y conocerse á sí mismo, sin exagerar este conocimiento, pues el que se ama á sí dema-

siado apártase de Dios. Dos amores en un mismo corazón se repelen. Amar al prójimo es también amar en Dios. *El hombre no se santifica sin el hombre.* El libre albedrío es la voluntad, en tanto en cuanto domeña las pasiones del ánimo. *San Pablo, cargado de cadenas, era libre, y no lo era el insensato Alejandro dominando al orbe.* —He aquí el hombre dibujado por Fray Luís y veladamente la idea mística que se anuncia en el tratado de la oración, se especifica en el capítulo décimoquinto del libro primero de la *Guía de pecadores*, y se completa en las últimas páginas del *Memorial* y en la introducción al *Símbolo de la fe*,—idea mística semejante, muy semejante, á la expresada por la insigne reformadora del Carmelo, é idéntica en lo que se refiere á la concepción trascendental de la voluntad, que, adunándose en su elemento ontológico real y vivo, con antiguas teorías católicas y de Santo Tomás acerca del principio de individualización y de la creación, explica *por qué era innecesario al filósofo místico discurrir extensamente sobre las nociones del ser y de su unidad, de lo finito y de lo infinito.* Conforme con un pensador ilustre, opino

que en este punto confluyen el río de aguas luminosas de la filosofía española y el de la filosofía universal europea en el siglo XVI; y que la causa de la esterilidad de las escuelas cartesianas y de casi todos sus extravíos fué su olvido ingrato de los ricos presentes con que obsequiara el genio español á la historia de la ciencia filosófica: —olvido ingrato que hoy mismo es una de las fealdades de la soberbia sabiduría falsa de nuestra edad, de la que mira con desdenes á Santo Tomás y á Luís Vives, prescinde en sus estudios de los libros del Doctor iluminado, y ni quiere aprender que existió San Agustín, el vencedor inmortal de pelagianos, maniqueos y arrianos, el arquitecto divino de la *Ciudad de Dios*, el hijo de bendición del África, que en aquellos días oscuros y pavorosos en que llenaban los aires la gritería horrible de los bárbaros, el crujido del Capitolio al troncharse, el estrépito de Roma al caer, y del Rhin y del Danubio al desbordarse en un mar de sangre, sereno como la fe, abrazado á la esperanza, entre los rumores siniestros de la guerra y el amarillento resplandor de los incendios, y pisando mutiladas estatuas, divinidades caídas, leyes é instituciones as-

fixiadas, engarzó sobre el cielo la nueva estrella del ideal humano, y depositó en lugar seguro y santo nuestro espíritu y las dulces promesas de la Divinidad.

Y no disminuye el valor ni la profundidad de esta teoría acerca de la voluntad de Santa Teresa y el Padre Granada porque sirva de regla muy segura para la vida, ni porque caracterice las obras que la desarrollan una tendencia práctica, ni porque presida las especulaciones de León y de la inspirada hija de Ávila un espíritu que, por ser católico, es eminentemente caritativo y esencialmente democrático, en el puro y exacto sentido de la palabra. En modo alguno: antes al contrario. Este carácter que, como una táctica protesta contra la hinchazón académica y la pedantería de las escuelas, presenta el misticismo ortodoxo español en la Santa y en Fr. Luís, era natural, dado que nada significan, nada valen, ni la ciencia, ni la creencia que en la vida no producen y perfeccionan un adelanto. Ya recordaréis la heterodoxa doctrina de la salvación del alma por la fe, sin las obras. La vida es para conquistar la verdad, adquirir el bien y llegar por la meditación científica y la reve-

lación al amor de Dios; mas la ciencia y el amor Divino son asimismo para la vida, porque no se explica la existencia humana sin la impaciencia del bien absoluto, como no se explica tampoco si esas especulaciones no favorecen la perfectibilidad propia y la solidaria con nuestros semejantes. Ved, pues, el penetrante y hondo misticismo español, abrasando con la llama de caridad el alma humana, incitándola y adiestrándola para las luchas de la vida, haciéndola pasar de la contemplación y del éxtasis á la actividad, lanzándola al combate en provecho de nuestros hermanos y á conquistas tan generosas como las que en el día hace á su nombre el misionero que clava la cruz en el tronco de un árbol de añosa selva, después de iluminar con la luz del Evangelio la mente del salvaje á fin de que tenga éste ara donde adorar al Dios verdadero, el Padre de la Compañía de Jesús que consagra su ardorosa y enérgica elocuencia á cristianizar razas y civilizaciones en el África ó en las márgenes de los ríos y desde la cumbre de los montes y peñascos que escucharon la poderosísima palabra de San Francisco Javier.

Hay en el misticismo español un ser al que en esa influencia práctica está reservada alguna parte, y que, siendo ángulo complementario de Santa Teresa, considerar su genio y meditar sobre sus obras es discurrir acerca del genio y obras de la Doctora de Ávila. Hallábase accidentalmente Teresa de Jesús en Medina, cuando la casualidad hizo que conociese á un joven monje de veinticinco años, ascético, de hermoso rostro, complexión débil, robusta inteligencia é inquebrantable fe: —Juan de la Cruz. Desde el instante en que tal aconteció, fué este el coadjutor de la Santa, su constante y dulce compañero, su auxiliar en la gran reforma de la orden Carmelitana.

Formula San Juan de la Cruz una de las más audaces teorías y representa el punto extremo en la historia ortodoxa del misticismo en España. Es el más atrevido de los místicos, porque desprecia hasta tal punto lo real y la materia, que niega sea Dios realidad alguna, y casi ve en Él tan sólo una idea. San Juan de la Cruz está colocado en el vértice del ángulo místico español. Apóyase únicamente en la intuición de la fe; se desliga del mundo para buscar su asiento por medio

del más portentoso esfuerzo en la bondad divina, y este desdén á la filosofía hay que reconocerlo como ajustado á la lógica.

Ni el vigoroso y sublime Malon de Chaide, el de fantasía brillantísima y fecunda; ni Hernando de Zárate, el natural, claro y popular místico, autor de los discursos de la paciencia cristiana; ni Esquilache, ni Arias, ni el Maestro Granada, el hombre de estro divino que increpó el pecado y el vicio, habló de los misterios y beneficios que Dios nos ha hecho, razonó acerca del cielo y de los Santos, describió nuestras miserias, y exhortó á la conversión con palabras amorosas henchidas de pasión santísima [1]....; ni el P. Estella, el de ascetismo severo; ni el Cisne agustino, que, apartándonos del mundano oleaje, tan dulcemente nos conduce al conocimiento de Dios, ora desde los verdes y floridos prados que riegan arroyuelos de hermosísima vena, ora desde las oscuras y silenciosas galerías de los claustros en donde la vida no parece sino que se pierde en la soledad de lo infinito; ni cuantos místicos precedieron á Juan de la Cruz, como Venegas,

[1] Fr. Jerónimo Joannini.

el moralista toledano; ni cuantos le han sucedido, como Sor Gregoria de Santa Teresa, se asemejaron al especialísimo carácter de San Juan de la Cruz. Ninguno de los místicos citados tuvo conceptos tan abstractos, ninguno se elevó tan rápidamente á Dios, ni supo olvidar lo terreno, como aquel coadjutor de Santa Teresa, en el que fué la poesía «la forma natural de su entusiasmo.»

Sólo á Santa Teresa se asemeja á veces, por lo mismo que uno y otra son dos espíritus mellizos, cual lo testifica lo identificados que estuvieron en sus tareas en pró de la reforma de la Orden Carmelitana; pues Santa Teresa escribió los *Avisos* para sus monjas, y San Juan los *Avisos y sentencias espirituales*. Quizás fuese más exacto el decir que el ascético monje es el heredero, el hijo en la doctrina de la seráfica Madre. Tal y tan indudable es la semejanza entre ambos, que expresaron los mismos conceptos en forma parecida ó idéntica, pudiendo servir de ejemplo una glosa de la Monja de Ávila, y las *Coplas de un alma que pena por ver á Dios*, escrita por el *Cantor humano de los amores divinos.*

BIBLIOTECA DE C

Vivo, sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
Es privación de vivir,
Y así es continuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de Ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí:
Pues de suerte persevero
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aún de alivio no carece;
Que la muerte que padece
Al fin la muerte le vale;

¿Qué muerte habrá que se iguale
Á mi vivir lastimero,
Pues si más vivo más muero?

Cuando me empiezo á aliviar
De verte en el Sacramento,
Háceme más sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para más penar;
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.

Y si mi gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.

¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?
Cuando yo digo de vero,
Vivo ya porque no muero,....

dice la poesía del fraile de la Peñuela, y dicen los *versos de la Santa Madre Teresa de Jesús, nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía*:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!

Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero, porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
Á mi Dios, que vive en mí,

Si no es perderte á ti,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aún de alivio no carece;
Á quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
Á mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,

Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando, como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero?

No he podido resistir la tentación de copiar íntegras ambas composiciones. ¡Son tan hermosas! Harto conocidas son, pero acontece con ellas lo que con el *Miserere* de Palestrina, con los cuadros de Angélico de Fiésole, con los Cristos de Cano, con las Cántigas del Rey Sabio, con el claustro de San Juan de los Reyes....; siempre producen encanto y ha-

cen sentir dichas impregnadas en los aromas más suaves del cielo. ¿Verdad que á la simple lectura se conoce por algunos versos que una de estas poesías se escribió á la vista de la otra?

Pero aunque tan visibles y claras semejanzas hay entre Santa Teresa y Fr. Juan; aunque éste puede ser tenido por discípulo de aquélla, dada la característica del reformador de Hontiveros, éste es á la seráfica Madre lo que Porphyro á Plotino y Mallebranche á Descartes.

Extrema el Santo el misticismo teresiano, y conduce de una manera brusca é inopinada el alma á la contemplación, al arrobamiento, mientras que la gran filósofa la conduce paso á paso por el *Castillo Interior*. La vida perfecta y cumplida del alma, según San Juan de la Cruz, consiste en la posesión de Dios por el amor, que es la unión verdadera, la única que, ayudada del conocimiento, es factible en este mundo, y por la que el hombre llega á ser un querubín del empíreo. Con la inteligencia despojada de todo en absoluto, la mente introversa, el entendimiento reconcentrado en el fondo de sus abismos, el alma puede llegar hasta el centro de sí propia, que Dios es, y

En el ameno huerto deseado,
Á su sabor reposa
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado [1],

aspirando el dulcísimo aroma del Eterno Padre y viviendo la vida de Dios con sus facultades vueltas como divinas.

Pero antes de alcanzar esta contemplación extática necesita el espíritu hacer una penosa y meritoria peregrinación, que Fr. Juan describe con toda la gala y primor de la poesía oriental, con elocuencia inimitable, con riqueza de estilo, y sirviéndose de alegorías amorosísimas y sencillas en los divinos comentos que intituló: *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Declaración del Cántico espiritual* y *Llama de amor viva*. El primero de estos libros, en especial, es el explicativo de la vía que conduce á la confusión amorosa del amigo con el Amado.

Exagerando doctrina de Santa Teresa, sostiene su compañero de reforma que para llegar á la meta de tal jornada es preciso desnudar completamente el espíritu, recogerse en el interior de tal modo, que hasta se pres-

[1] Canciones entre el alma y el Esposo.

cinda de la devoción sensible, á fin de llegar así pasivamente al divino enlace por la abstracción total.

Abismándose, pues, el alma en una contemplación sobreesencial, alzándose abstraída de toda imagen y de toda idea sobre su propia esencia creada, alejando de sí toda pasión ó tendencia mundanal, no teniendo deseo alguno, ni apetito [1], purificándose incesantemente por medio de la más rígida y austera penitencia, con la memoria y la imaginación anuladas, los sentidos externos paralizados, la voluntad tan desligada de júbilos y dolores que, reemplazándolos *la caridad*, *las virtudes teologales se sustituyan á las facultades anímicas*, é inerte en su actividad y desasida de las cosas y apariencias sensibles, se da en tal situación una abismal nesciencia, que la Cruz llama noche oscura. Comienza ésta para las almas cuando Dios las saca del estado de meditación y las pone en el de la contemplación, á fin de que en él se unan en divino enlace con el Ser Supremo [2]. Al término de la vía purgativa se entra en la de iluminación, en la que espe-

[1] *Subida del Monte Carmelo.*

[2] *Noche oscura del alma*, lib. 1, cap. 1.

ra al alma cristiana tenacísima lucha, pues las facultades humanas, no saciándose sino con lo infinito, anhelan llenar por la fe el vacío de la ciencia, por la esperanza el vacío del recuerdo y de la memoria, y por la caridad sin límites el vacío del afecto humano, de la volición y de la actividad. Dios envuelve el alma en luz purificadora; mas como la sabiduría divina deslumbra, esta luz es noche oscura. Combaten con brío en esa noche las dos naturalezas, la divina y la humana, y el espíritu del hombre queda ante Dios rendido de fatiga, en las sombras, en una situación parecida á la muerte, y anonadado por el reconocimiento de su pequeñez y miseria. Muéstrase entonces anhelante y tan insaciable de amor, que sólo el infinito puede calmar la sed y el hambre de sus facultades; reconoce que le es imposible deshacerse de la naturaleza humana; pero, alzándose sobre sí, ayudado por Dios, llega al centro, que es la cumbre del amor divino, la fuente de la bondad infinita, de donde emana por generación eterna el Verbo increado «en quien resplandece y se manifiesta cuanto hay oculto en el Padre, y en quien Éste se complace eternamente y en donde están, como arque-

tipos perfectos, y eternamente también y por arte ideal, los seres todos y el alma.»

Llega ya San Juan de la Cruz á lo que equivale á las sétimas moradas. *Anima mea liquefacta est ut locutus est*, dice el fraile de la Peñuela. La palabra le falta para expresarse, y acude á la parábola, á la metáfora y á la alegoría del *Cantar de los Cantares*, exclamando:

¡Oh llama de amor viva
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro:
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya; si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro [1].

Y es que, aunque atraída por el amor de Dios, henchida de él por la fuerza de sus propios méritos, ha llegado el alma al verdadero y profundo centro suyo. Aún la separa de la bienaventuranza una leve y delicadísima tela, valla espiritual, que, no bien la traspasa el alma, verifícase una trasformación, por medio de la que es ella *sombra de Dios*, *hace ella en Dios por Dios lo que Él*

[1] *Llama de amor viva* y declaración de las canciones que tratan de la más íntima unión y trasformación del alma con Dios.

hace en ella por sí mismo, porque la voluntad de los dos es una. Así dijo San Pablo: *Vivo autem jam non ego : vivit vero in me Christus.*

El enamorado místico vive vida nueva cuando llega á la unión perfecta con Dios. Entonces todos los afectos de su alma, sus potencias y operaciones tórnanse como divinas : informa su entendimiento otro principio, y lo aviva lumbre más superior de Dios: su voluntad se trueca en vida de amor divino, y la mueve el Espíritu Santo; su memoria, capaz hasta entonces de contener sólo las formas y figuras de humanos seres, puede contener los años eternos que David dice; su apetito adquiere el gusto de Dios y en movimientos á Éste se convierten todos los movimientos y operaciones de la esencia de la vida natural é imperfecta del alma que, á fuer de verdadera hija de la Divinidad, está movida del Espíritu divino, pues, según el Apóstol : *Quicumque enim Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei* [1].

[1] *Llama de amor viva.* Comento al verso VI de la segunda canción, que dice :

«Matando, muerte en vida la has trocado.»

Y todos estos *extraños primores* que

«Calor y luz dan junto á su querido»

al alma arrobada de San Juan, le hacen, en último término, cantar, abrasado por el fuego que le confunde con su amado:

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente sólo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

¡Oh, embarga los sentidos y cautiva el corazón la tiernísima y vaga alegoría del compañero de Santa Teresa, á despecho de la torpe crítica de espíritus escépticos é indiferentes! ¡Qué poesía, qué sentimiento, qué belleza en cuanto dijo la amorosísima palabra que allá en el siglo XVI, sonara bajo el cielo del desierto de la Peñuela y en los claustros de Baeza y de Úbeda! ¡Y qué estancias místicas las estancias místicas de San Juan de la Cruz, delicia hoy, como en otros tiempos, de las almas que solo creemos la sublimidad del arte en la consagración de éste á la apoteosis de la virtud!

Sagrado numen creador, ¿dónde hallarás más puro fuego, gritos de ventura más dulces, quejas más tiernas, suspiros de más embelesadora nostalgia del cielo, imágenes más plácidas, que en las poesías y en los comentos á ellas del incomparable Juan de la Cruz, poesías que bañan el espíritu, ora en el Océano magnífico del amor, ora en el celeste misterioso lago de una melancolía indefinible? ¡Ah! Son lo sublime mismo en toda su sublimidad, si vale la frase. En San Juan de la Cruz tenéis,—valiéndome de palabras que al maestro León inspiró Santa Teresa y son al caso aplicables,—la más generosa filosofía que los hombres imaginaron, de tal suerte, que sería el predilecto del autor de estas humildes páginas entre todos los escritores religiosos y místicos españoles (y eso que los hay de la talla de los Luíses, del Padre Rivadeneyra y de Zárate), si no hubiese existido aquella delicada complacencia del cielo, aquella mujer que tenía en el alma un jardín de ideas regado por el arroyo de rica y pura vena que hace florecer las de los ángeles.

Sí; el Espíritu Santo guiaba la pluma de la escritora. Ha imaginado perfectamente el pincel español al representarla escribiendo

extasiada, mientras que una paloma le habla al oído; que por su religiosidad y santa naturaleza es superior la seráfica Madre á Luís de Vargas, de cuyo caballete veíanse colgados cilicios y disciplinas; al divino Morales, á Juan de Juanes, cuyo taller era un oratorio, y á aquel monje que trazaba de rodillas sus Vírgenes, y que Maignan nos pinta dormido al esbozar una imagen de María, mientras que, recogiendo su piadosa paleta dos ángeles bajados de la gloria, dejan el sello de la divinidad en el lienzo; y lo es, también, porque si el beato de Fiésole y los maestros citados vieron y oyeron por un milagro de la fe en las cimas de su inspiración los seres de la bienaventuranza, ella mereció que por su medio hablase Dios mismo á la criatura.

La ciencia fisiológica no, pero sí la impiedad moderna, si no se ha atrevido á negar los éxtasis intelectuales de la Doctora de Ávila, ha intentado explicar su arrobamiento como efecto de histerismo, catalepsia ó magnetismo. ¡Pobres espíritus los que á tanto han osado! Porque, según escribe un crítico francés, apoyado en M. Boismont y en M. Parchappe, ¿por qué si existe la intuición del genio no ha de existir la de la fe?....

¡de la fe!, que es, lo mismo que el amor de Dios, necesidad de la naturaleza humana y necesidad primera. ¡Qué absurdo! Los mismos que consideran estados patológicos los éxtasis de Santa Teresa, califican de sobrenatural la inspiración de aquel sublime autor de la sublime epopeya católica que, siendo niño, vió su cuna rodeada de abejas que iban á libar la miel en sus labios, y la de aquel poeta de Madrid que, según una piadosa y poética alegoría, lloró tres veces en el claustro materno...., cisne del Manzanares, cuya lira de oro cree la imaginación oir sonar áun en aquellos bosques del Retiro, donde el árbol del amor abrázase al castaño de Indias, florece el rosal, ostenta la lila los infantiles matices de la luz, y no hay un solo laurel, porque los innumerables que crecieron un día los cortó el entusiasmo de la patria para ceñir las sienes de los inmensos vates de aquel monarca frívolo, pequeño de capacidad, pobre de carácter, dotado de alguna intuición de grandeza y de algún gusto por los goces del arte, como lo atestiguan el haber contado á Velázquez entre sus predilectos cortesanos, y los trofeos poéticos que adornaban el vestíbulo de su palacio.

Y en no menos absurdo incurren los que explican los arrobos de la ilustre Madre por el temperamento, el sexo, las circunstancias de familia, de educación, de raza ó de latitud; y los que, cual Muratori, v. gr., los juzgan fenómenos de la imaginación de la excelsa escritora.

La alegoría pictórica tiene razón. ¡Con cuánta verdad exclamaba Jeremías: *De excelso missit ignem in ossibus meis et erudivit me!* Sí; el soplo de inspiración divina, los dones celestes que el Espíritu Santo derramó á manos llenas sobre la monja insigne, se perciben muy claramente. Ella misma nos ha dicho que en determinados momentos el Eterno Padre guiaba su pluma. Á lo que en sus libros hay de celestial, á lo que en sus obras parece como revelado, se debe la aureola del genio que lleva en sus sienes aquel ángel de hermosura, de virtud y ciencia, que sostendrá, siempre á nombre del Eterno, las ideas de la humanidad en la vida, con el amor que sostienen la Purísima de Murillo los que vuelan en el cuadro inmortal del pintor hispalense. Débese á iguales causas el que el misticismo filosófico católico de mujer tan extraordinaria sea estrella polar que guíe á los

sumisos hijos de la Madre Iglesia en sus estudios de filosofía; y también el que en los días de su existencia, y en época muy próxima á la en que vivió, siguieran su escuela el fiel expositor de su doctrina Jerónimo Gracián; el docto teólogo platónico Juan de Jesús María, que, escribiendo en un latín que pudiera competir, por lo elegante y florido, con el latín del Renacimiento, ordenó y confirmó las doctrinas de la seráfica Madre, apoyándose en la autoridad de San Buenaventura y del Areopagita insigne, y aquella hija del Fénix de los Ingenios, que á los diez y seis años de edad, en 1621,

> .....las mejillas encendidas
> Y bañada la boca en risa honesta,
> .....
> Y el alma á tanta vocación dispuesta,
> Con una reverencia dió la espalda
> Á cuanto el mundo llama aplauso y fiesta;
> Y ofreciéndole al Niño la guirnalda
> De casta virgen, abrazó á su Esposo,
> Besándole los ojos de esmeralda [1],....

entró en el monasterio de Trinitarias de la

[1] Lope de Vega: «Epístola á D. Francisco de Herrera.»

calle de Cantarranas, en Madrid, la que en afiligranadas estrofas

> Se precia de discípula
> De aquella fecunda Vega,
> De cuyo ingenio los partos
> Dieron á España nobleza [1]....

Sor Marcela de San Félix, en fin, poetisa mística de nombre poco conocido, pero de estro tan encendido en amor de Dios, como lo ha mostrado en su romance á una soledad y en los de un pecador arrepentido y deseoso de servir á Dios con perfección, y á un afecto amoroso, únicos que completos conozco.

Y todavía habrá quien diga que allí donde la luz es radiante y de fuego la sangre que circula por las venas, la filosofía se asfixia, como se asfixian en los trópicos las plantas polares, que las corrientes oceánicas alejan en un témpano de hielo de aquellos altos confines del planeta que la aurora boreal convierte en inmensos sagrarios de purísimo metal precioso derretido, y que nuestra raza no es idónea, ni apta para especular por los campos de la filosofía! *Risum teneatis*,

[1] Loa á una profesión.—Poesía de Sor Marcela de San Félix.

como decía San Agustín. ¡Ah! que olvidan los que tal dicen que Platón meditó bajo el cielo abrasador de la Ática y Plotino en la ciudad que unió la teología judaica con la ciencia griega, y que parece tallada en uno de los soles de los cielos antiguos, en la ciudad que eterniza el nombre de Alejandro y el del arquitecto Dinócrates, en la ciudad del Heptastadium y del Kibotor, en la que dió el último refugio en el Serapeum á la teogonía politeista del paganismo, tuvo por preseas el palacio de los Ptolomeos, la grandiosa biblioteca, los mausoleos de los reyes, el teatro, el Museo, el sepulcro del vencedor de Darío, y ayer gemía sobre el lecho de ceniza de los recuerdos, al resplandor de las bombas lanzadas sobre sus torres y fortalezas.

Y olvidan también que San Agustín nació á la sombra de las palmeras africanas, que glorias filosóficas tiene el Oriente, y es, sin embargo, abrasador el sol que dorase los cairéles de los Pontífices de Israel, y matizó con gracia el aromático lirio de Isaías; que en esta noble tierra de España, en aquella época en que Telesio ensayaba nuevos métodos para la filosofía, aguardando la llegada de Bacon y Descartes, venía Santa Teresa al mun-

do para dar el suyo á la única filosofía entonces posible en la antigua Hesperia; que ayer esparcia el orbe católico lágrimas y palmas sobre la tumba del gran Balmes, y que hijo de la feraz Extremadura es aquella individualidad, ya ilustre cuando humedecía su labio *la leche inmaterial de la enseñanza*, el pensador y hablista que recuerda á Tertuliano y á Bossuet, el místico, el gran milagro de la palabra, si quier Pericles y Marco Tulio hayan existido; el que, reuniendo las tres condiciones precisas para ser bellamente virtuoso,—inteligencia colosal, sensibilidad femenil y corazón de niño,—tiene sobre su sepulcro lo que vale más que la rama de encina y la corona de laurel: la aureola que Dios otorga á los que viven y mueren para lo que vivió y como murió el insigne marqués de Valdegamas.

IV.

Estudio comparativo del lenguaje y estilo de Santa Teresa con el de los principales místicos de su tiempo.

HERMOSA lengua la castellana del siglo XVI! ¡Incomparables prosadores Fr. Luís de León, de Granada y Fray Hernando de Zárate, D. Diego Hurtado de Mendoza y Miguel de Cervantes, Gonzalo de Illescas y Luís del Mármol, Pedro Malón de Chaide, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, que escribieron tan á deleite del buen decir; tan á regocijo del arte, que en sus páginas llegó el habla nacional á la más elevada cumbre...., á tan elevada cumbre, que no era de esperar sino un descenso! El sol desde el alto meridiano se dirige hacia su ocaso.

Es una verdad innegable que el poderío y la decadencia de los pueblos refléjanse siem-

pre en su lenguaje con la fidelidad que se retratan en un lago los árboles de las orillas; y que los idiomas en su desarrollo y los sucesos nacionales en su curso, aseméjanse á dos ríos de igual extensión que, naciendo en idéntica montaña, corren paralelos y desaguan en igual playa y á la misma hora. Toscas, rudas é informes las lenguas en los albores de la historia de un pueblo, á medida que éste se desenvuelve, van adquiriendo hermosura y caudal lexicológico; enérgicas y animadas, á consecuencia de los choques encontrados de intereses y aspiraciones nacionales diversos, llegan á su perfección cuando el Estado alcanza un grado de esplendor máximo, y en este cenit brillan hasta que, decayendo la civilización, corrómpese el Diccionario y la Gramática; pues la frase y el vocablo extranjeros, vistiendo el traje popular, ora viven como huéspedes en el país extraño, ora toman en él carta de ciudadanía. En efecto: adquiere el romano imperio la dominación del mundo, trénzanse las pétreas raíces del Capitolio, forman el eje de la tierra y habla el Tíber como nos dicen las liras del Venusino y del labrador de Mantua; el latín de Marcial y Séneca,

de Quinto Fabio y del épico de amable pompa, autor de la *Farsalia*, descompónese en aquella tarde de tibia brisa y cenicienta luz que imprimió enfermiza palidez sobre el rostro noble de Iberia en el siglo VII; el bárbaro y monstruoso latín de los Concilios Toledanos, el romance del *Poema del Cid*, el del *Libro de los Jueces*, el de las *Querellas* y *Partidas* de D. Alfonso el Sabio, las leyes métricas de la *quaderna vía* que Gonzalo de Berceo redactó en sus páginas de infantilidad más deliciosa, los versos de Juan Lorenzo, la ruda estrofa del arcipreste de Hita, tienen el carácter de promesas de gloria como los contemporáneos de españoles tan ilustres; escríbense el *Laberinto* de Juan de Mena y las Epístolas de Fernán Gómez de Cibdareal; produce el arte erudito la poesía de los trovadores y siglos literarios, nos regala su linda serranilla, sus imitaciones del Dante, sus Proverbios, su Comedieta de Ponza, y su carta sobre la gaya ciencia, el gran soldado de Olmedo, el trovador ilustre, el esclarecido D. Íñigo López de Mendoza, y sucede esto en días que, si llevan coraza, es de oro, y ni el saber es incompatible con las armas, ni la «sciencia embota el hier-

ro de la lança, ni hace floça la espada en la mano del caballero.»

Amanece el siglo XVI; Felipe II es el nombre del Monarca; españoles son el valle de Otumba y las márgenes del Elba, y la pacífica Holanda y la hermosa campiña de Nápoles; el sol no se pone en nuestros territorios; no hay ola en los mares que no haya besado en señal de vasallaje el remo de nuestros marinos; ondea en lo más remoto del globo el pendón de las Navas y del Salado, el clavado en la Torre de la Vela en una hora solemne, y la lengua española se enriquece, se agracia y logra la armonía, grandilocuencia y majestad que alardea con sublime orgullo en las páginas de aquellos ingenios nuestros, únicamente comparables á los que fueron el mejor ornato de la poética corte de Augusto. El siglo de nuestro poderío inmenso, de nuestras hazañas inenarrables, el siglo indicado, es el de los místicos, á quienes mucho debe la lengua castellana. Limpieza y elegancia clásica al castizo y juicioso Fray Luís de León, el primero que acaudaló nuestra habla con la armonía del número, al agustino insigne, idolatrado del sapientísimo Nicolás Antonio; brillantez á la pinto-

resca y vehemente pluma, al gusto exquisito de Fr. Pedro Malón de Chaide; dulzura angélica, vivacidad y energía al natural y humilde San Juan de la Cruz; todos los encantos de la perfección al virtuoso fraile, que habló como el oráculo de su siglo, según dice muy bien el Jesuíta flamenco Andrés Scott, al escritor inmaculado Luís de Granada; sencillez, claridad y concisión á Fray Hernando de Zárate y á la incomparable Santa Teresa de Jesús.

Entre todos estos clásicos escritores religiosos, el maestro del lenguaje es, para mí, el venerable Granada, escritor sin par, que sobresale entre sus contemporáneos como en medio de los monumentos todos de Florencia el cincelado Campanile, que inmortaliza al pastor ilustre que aprendió solo el alfabeto del arte diseñando las cabras que guardaba. De Fr. Luís,—regia, ingente figura, la más alta de la época,—aprendieron muchos; él puso la primera piedra del Alcázar erigido á la regeneración de nuestra lengua, con su fluida y cultísima prosa y su dicción pura y correcta, dando al período castellano fijeza y debida proporción á sus miembros, determinando sus dimensiones, y dotándole

en su terminación de la sonoridad y cadencia olvidadas ó desconocidas por sus predecesores. Sí, las asonancias, las cacofonías, los sonidos ásperos y las frases poco armónicas, á cada momento salen al paso cuando leemos á la Doctora de Ávila y al autor de la *Paciencia cristiana*. En cambio, hojead las obras del maestro tan ensalzado por San Carlos Borromeo, y las encontraréis limpias de maleza; ni una sola voz contienen del crecido número de exóticas y toscas, triviales ó inútiles que entonces eran al habla de Castilla lo que á los árboles las plantas parásitas, lo que á un campo sembrado la mala semilla que produce cardos entre las doradas espigas.

Los inútiles latinismos, las locuciones oscuras y vagas, la árida concisión, la vacía redundancia y los períodos excesivamente largos, sin vida, de miembros inconexos, no encontraron iglesia en la limada prosa de aquel á quien llamó Cicerón de España el Obispo de Barbastro D. Jerónimo Bautista de Lanuza.

Trozos hay en los escritos del venerable confesor y consultor de Doña Catalina de Portugal, que hubiesen firmado Jovellanos

y Quintana; y que, dechados de perfección y acrisolado gusto, parangonados con los más perfectos de los mejores prosistas antiguos y modernos, adquieren el realce de todo lo sublime colocado junto á lo que también lo sea, el realce que en la Catedral de Sevilla adquiere el San Antonio de Murillo.

Sus períodos breves, á maravilla combinados con los largos en el curso del razonamiento, cuya interpolación crece á medida que la fuerza persuasiva de él, y que alejan toda simétrica y fastidiosa regularidad, la justa proporción entre *la laxitud asiática* y *el comprimido y saltante laconismo que puso después á la moda una escuela de mal gusto;* la prudencia con que maneja el discreteo y el artificio, sin oscurecer el significado de la frase ; el exacto empleo de las voces conjuntivas en las transiciones; el hábil uso de nuestra sintaxis ; el esmero, la naturalidad; la sencillez candorosa, la amena variedad, las imágenes plácidas, la flexibilidad que dió á nuestro lenguaje, todo esto eleva á Fr. Luís de Granada al rango de hablista entre los hablistas del siglo de nuestros místicos. Estilo adornado y bello, castizo y pomposo sin afectación : así es su estilo, que deleita de tal

suerte, que el lector, sin echar de ver el cebo que lo seduce, ni percibir el artificio armonioso de aquel sonoro lenguaje, siéntese arrebatado, permitiéndole comprender su entusiasmo que tanta elocuencia ha salido de la fuente divina, no de los manantiales de Cicerón y Quintiliano [1].

No puede rivalizar con la prosa del Padre Granada la de ninguno de nuestros místicos, ni sostener el paralelo la Doctora de Ávila con el fraile de Scala Coeli, en consecuencia; ni parangonarse la forma en que vació su misticismo la monja insigne, y la dicción y estilo del dulce poeta y escritor que Lope de Vega saludó en página muy bella del *Laurel de Apolo*, diciendo:

Tu prosa y verso iguales
Conservarán la gloria de tu nombre;

[1] Sic enim vir ille magnus suam dictionem temperavit atque ita rexit stilum ut qui legunt incredibilem capiant voluptatem, et sententiarum pondere ipso ita rapiantur ut non animadvertant delectationes ancupisem numerosaeque orationis harmoniam minus observent. Non cum orationis ornamenta non desint, et sermonis quasi lautitiam nemo desideret, tamen eo eloquendi genere utitur quo de divinis fontibus haustum, non est Ciceronis et Quintiliani rivulis sumptum esse videatur. (*Sapiens fructuosus*, por el P. Juan Bonifacio, de la Compañía de Jesús.)

Y *Los Nombres de Cristo* soberano
Te le darán eterno porque asombre
La dulce pluma de tu heroica mano,
De tu persecución la causa injusta.
Tú fuiste gloria de Augustino Augusta,
Tú el honor de la lengua castellana,
Que deseaste introducir escrita
Viendo que á la romana tanto imita,
Que puede competir con la romana.
Si en esta edad vivieras,
Fuerte león en su defensa fueras [1].

En verdad que si se tienen en cuenta las innumerables bellezas de elocución atesoradas por el jefe de la escuela salmantina, sus comparaciones delicadísimas, la pureza, propiedad y magnificencia *de su grave lenguaje*, su sencillez no igualada, su exquisito gusto y limpios esmaltes de dicción, el juicio del autor de la *Estrella de Sevilla* acerca del prosador-poeta del siglo de Felipe el Prudente, será, sin duda alguna, el juicio de todos, aun de los que no negamos que Fray Luís, por esmerarse demasiado en dar armonía á la oración natural, sírvese de trasposiciones violentas, que hacen, como ha dicho Mayans y Síscar, ásperos y forzados muchos

[1] *Laurel de Apolo*, silva cuarta.

pasajes de sus mejores obras. El inmortal Agustino naufragó precisamente en el escollo que quería evitar.

Santa Teresa, en cambio, dejó correr su pluma con un abandono y espontaneidad encantadores, propios del alma que tiene la conciencia limpia y en paz con el cielo, con la filial é ilimitada confianza, con el candor y la sinceridad que la inocencia, incompatible con toda reserva ni vanidad, revela á Dios los secretos de su espíritu. Llena de pensamientos santísimos, bajo la amable influencia de la Religión, se expresó con naturalidad y divina poesía; y más bien instintivamente que con sabiduría lexicológica, sintáxica ú ortográfica, escribió libros que trascienden á los gustos y deleites del Paraíso, tienen los visos y estelas que deja tras sí la Divinidad, hacen sentir *algo de aquella inefable dulcedumbre, de aquel ardor puro y casto que comunica la presencia del que bajó á la tierra á encender en el pecho de los hombres la llama de la caridad*, y convencen de que los ha dictado la piedad á un alma apacible, enternecida por el amor é influída por la percepción de los ángeles y del vino que crea vírgenes.

¡Es indudable!.... El que quiera ver ó respirar la luz sobrenatural, el radioso ambiente de la gloria, busque las Concepciones del inmaterial, del ascético Bartolomé, ó la Asunción de Correggio, himno gozoso de bienaventuranza, apoteosis de María más bien que místico triunfo, según algunos dicen, que envanece la cúpula de la catedral de Parma; el que desee deleitarse con el aroma de virtud y pureza que las primaveras celestes exhalan, lea á la seráfica Madre. Mas dejemos todo esto; ya llegaremos á ello.

Es superior también al estilo de Santa Teresa, el de un autor poco favorecido por la memoria y muy digno de serlo, hijo de Cascante, catedrático de sagrada teología en Zaragoza y Huesca, y agustino: Fr. Pedro Malón de Chaide. No produjo este insigne personaje más obra que la *Conversión de la Magdalena*, precioso libro de teología mística, modelo de lenguaje y de finísimo gusto. Es difícil dar una idea remota de la riqueza del estilo, de la pompa de las imágenes, de las atrevidas metáforas, de las hipérboles, del vuelo de la fantasía del religioso aragonés. ¡Con qué claridad narra y con qué energía y primor describe! ¡Qué arranques tan vehe-

mentes y vigorosos los suyos cuando censura el vicio! ¡Qué apasionada ternura la ternura con que ensalza lo bueno! ¡Con qué éxito hiere siempre el sentimiento! ¡Qué flexibilidad, qué grandilocuencia la de nuestra habla en sus preciosas páginas! ¡Oh! Malón de Chaide es uno de nuestros mejores prosistas. Y lo es, no obstante las frases triviales ó impropias, las prolijidades soporíferas, los adornos churriguerescos, el exceso de follaje que en su peregrina obra se encuentra, pues ambigüedades, repeticiones, quintas esencias y discreteos impropios del libro, tales defectos no hieren su entraña preciosa, ni perjudican al conjunto: que de estos lunares que afean la *Conversión de la Magdalena* puede decirse lo que de la ribera del caudaloso Amazonas, que es la ribera de la poesía, sin embargo de que los poemas de flores en ella escritos y sus acabados cuadros de la vida vegetal ostentan la huella de los desbordamientos continuos de aquel río, cuya grandeza determina una soledad misteriosa. Así como el telescopio del astrónomo, á la vez que nos trae á la retina las manchas solares, inunda el ojo de luz y resplandores que vida y calor nos dan con su calor y con su vida, el teles-

copio de la crítica, al encontrar tildes en Malón de Chaide, nos ilumina con su benéfica lumbre y nos enseña que manejó el estilo y conoció el castellano como el mismo León, y que él, éste y el cisne de nuestros prosistas, el orador sagrado que no reconoce parecido sino en el apóstol de Andalucía, son los tres conocedores sin par de nuestra lengua. Sí; Malón de Chaide y los dos Luíses escribieron después de haber pensado y meditado mucho, á diferencia de Santa Teresa, Fray Hernando de Zárate y San Juan de la Cruz, cuyas creaciones son hijas de la inspiración. Y sobre todo, á diferencia de Santa Teresa y Fr. Hernando de Zárate; pues el carmelita de Sierra-Morena es más correcto que ellos, siquier piense lo contrario el notable escritor marqués de Molins, que afirma que en sus *Avisos y sentencias espirituales* iguala en concisión, claridad y elegancia á los que la insigne Avilesa escribió para sus monjas.

Es Santa Teresa, á no dudarlo, el escritor que, entre nuestros clásicos del siglo XVI, menos se sujetó á las reglas del buen decir. Quizás deberá aseverarse que jamás se atuvo á ellas, y que no era la enamorada mística

de Jesús una artista al modo de Juanes, que estudiaba sus pinceladas todas.

Acontece con ella, como D. Pedro de Madrazo ha escrito, lo que con el Groeco, con Velázquez y con Goya, que se burlaron de toda regla, razón por la cual, y aunque suene á paradoja, sostenía con fundamento el Teotocópuli, con asombro y escándalo del preceptista Francisco Pacheco, que la pintura no es arte.

En vano buscarán el gramático ó el retórico giros elegantes, locuciones propias, corrección, tersura, ausencia de asonancias y repeticiones, párrafos redondeados y pulidos. Para el que algo mejor y más elevado no busque en las sublimes páginas de la Doctora, escribió, sin duda, en Setiembre de 1861 en *El Pensamiento Español*, el juicioso crítico D. Eduardo González Pedroso:—«No hay literato, meramente literato, que sea capaz de leer á Santa Teresa ni siquiera dos días. Importa decir la verdad siempre, y no engañarse, ni aun por la intención más recta. Los únicos que pueden saborear las bellezas de Santa Teresa son las personas en quienes palpita enérgico el sentimiento religioso. ¿Cómo ha de comprender las magnificencias,

cómo ha de gozar los encantos del estilo de Santa Teresa, cómo ha de sentir maravillada y suspensa la mente leyéndola, quien no se conmueva ante las perfecciones y respire en la suave atmóstera del alma angelical de esta especie de San Agustín femenino, honra del monasterio de la Encarnación? ¿Acaso consiste en otra cosa la hermosura de sus escritos? ¿Calculó en toda su vida una sola combinación de dos palabras para *hacer efecto?*»

No es, no, clásica, ni aun puede ser tenida como verdadera escritora la que dice en sus libros: *anque*, *añidir*, *asigurar*, *atas*, *ativa*, *Bernalda*, *cerimonia*, *chiminea*, *complisión*, *compesión*, *Conceción*, *condecender*, *çurujano*, *debujo*, *deciocho*, *desasiego*, *desgustar*, *desminuir*, *descrición*, *destraída*, *deprender*, *diciseis* y *dicisiete*, *dinidad*, *discrición*, *platica* (por práctica), *discuenta*, *disbarate*, *dispusición*, *dispuniendo*, *dislumbrar*, *dotas*, *dotrina*, *ducientos*, *efetos*, *ecelente*, *ecesivo*, *eleción*, *eligere*, *encomençar*, *enclinar*, *enjemplo*, *enquietar*, *enriedos*, *escrebir*, *escuro*, *escriptura*, *estase*, *estropieço*, *espirimentar*, *fedelidad*, *fonte* y *fontecica*, *freila*, *Grabiela*, *idificar*, *ilesia*, *inpedimiento*, *inespiración*, *indino* é *indinidad*, *inorar*, *instruición*, *inteletual*, *in-*

trevalo, ivierno, laborintio, lición, limbrieza, luzga, Madalena, maesa, manífico, memento, mercadel, mesmo, melencolía, mientra, mijor, milaglo, monesterio, mormurar, nayde, nenguno, niervos, noturna, obidiencia, otava, parajismo, pecina, perlado, persigir, piadad, perfeción, pórvora, Portogal, preceto, primitir, pulicía, pusilaminidad, pustreros, puniendo, recebir, recetora, refetorio y *refictorio, repriender, repunancia, risidir, reta, retitud, Retor, sepoltura, serenas* (por sirenas), *seta, sienbre* (por siempre), *sigundo, sigún, solenidad, sotileza, sudito, supriora, supito, teulogía, tiempla, tollido, train, trueco* (por á trueque), *urdiembre, vitoria, yngüento, interese*, y otras palabras semejantes, que nos muestran que la monja de Ávila se expresaba en el lenguaje de la gente del pueblo de Castilla la Vieja. En las palabras derivadas del latín omite generalmente la *c*, *s*, *g* y *p* precedidas de vocal, como, por ejemplo, en *acetar, acender, aceción, efetuar, indinidad, imperfeción, otava, Otubre.*

El cambio de vocales es muy común en muchas de las palabras de Santa Teresa; así, en algunas, varía la *a* por *e* y por *o*, la *e* y la *u* por *o*; y las trasposiciones y contraccio-

nes de letras son muy frecuentes también en ella. Algunas de las suyas son comunes á todos los escritores de la época; por ejemplo, *haceldo*, *habeldo*, *deterné*, *leeldo*, *miralde*, *pasardes*, *pudierdes*, *pedilde*, *porné*, *ternán*, *tuvierdes* ó *tuvieredes*. Otras son peculiares á la Santa: el *antyer* por *anteayer*, *corbadía* y *corbaría* por *cobardía*, *darmehía* por *daríame*, *dez* por *diez*, *do* por *doy*, *entramos* por *entrambos*, *intreviniere* por *interviniere*, *perlado* por *prelado*, *quí* por *aquí*, *trasordinaria* por *extraordinaria;* y de igual modo lo son la supresión de la *d* final en el imperativo *(azé*, *cavá*, *llegá*, *mirá*, *poné*, *sacá*, por *haced*, *cavad*, *llegad*, *mirad*, *poned*, *sacad*, y *caya*, *oyais*, *trayaj*, y el uso de la *y* en vez de la *i*, en el subjuntivo de ciertos verbos y en algunos vocablos. Dedúcese de todo esto que Santa Teresa escribía según hablaba y pronunciaba. Nada lo demuestra tanto como las frases latinas que intercaló en sus preciosísimos escritos. En el cap. XXVII del libro de su *Vida* se lee: *Letatun sun yn is que dita sun miqui* [1]; en el XXIX: *Quenadmodun desiderad Cervus a fontes aguarun* [2];

[1] Verso inicial del salmo CXXI.

[2] Verso inicial del salmo XLII.

en el xxx : *Domine da miqi aquan* [1] ; en el xxxix : *quicunque vul* [2] ; en la relación tercera del libro de las *Relaciones: Veni dilectus meus in ortum meo et comeded* [3], y en los capítulos primero de las tercera y cuarta *Moradas : Beatus vir, qui timed Dominun* [4], y *cun dilataste cor meun* [5] ; en la carta 256 de su magnífico *Epistolario: fiad voluntas tua* [6]; en la 335 : *Santa Santorum*, y en varias de sus páginas *Anus Dei*, *Anues Dey* y *Anus-Dey*, y *Pater nostres*, lo cual testifica que

1 Vers. 15, cap. IV. Ev. de San Juan.

2 Palabras que equivocadamente dice la Santa que son de los Salmos, siendo así que se leen al comienzo del símbolo llamado de San Atanasio.

3 Versículo inicial del cap. V de los Cantares.

4 Verso final del salmo CXVIII.

5 Verso inicial del salmo CXI.

6 San Mateo, cap. XXVII, vers. 42. El pasaje á que obedece esta nota lo escribió también Santa Teresa de la misma incorrecta manera en el *Camino de Perfección*, cap. LIV, en donde se lee así: *Fiad voluntas tua sicud in celo ed in terra.* Asimismo se leen en las obras de la seráfica Madre estos otros mal escritos latines: en el *Libro de las Fundaciones*, cap. V: *Obediens usque ad morten:* en el de las *Relaciones*, relación V: *Magnifica, exultabid espiritus meus;* en la relación VI: *Posuid fines suyos in pace;* en el *Camino de Perfección*, cap. LXVII : *Et ne nos ynducas yn tentacionen, sed libera nos a malo :* en una carta dirigida por la Santa á su hermano D. Lorenzo de Cepeda desde Toledo, con fecha 2 de Enero de 1577 : *Adveniad renun tuun*, y en el libro de su *Vida*, cap. XX: *Vigilaui et fatus sun sicud paser solitarios in tecto.*

Santa Teresa desconocía el organismo gramatical de la lengua del Lacio, siquier no ignorase el significado de las palabras de Evangelistas, Santos Padres, Apóstoles y Libros sagrados con que matizó sus obras, verdaderos prodigios por las ideas y teorías de teología mística que contienen.

Cosa análoga acontece con las palabras de nuestro idioma de que se sirve la seráfica Madre, irrespetuosas algunas con las reglas ortográficas á veces desacatadas por nuestros clásicos. No diré yo, sin embargo, que sea tan pecadora la ortografía del maestro León como la de la Madre carmelita, cual cree el erudito, el muy docto Sr. La Fuente, que para demostrar su tesis copia un trozo del manuscrito de *La Exposición de Job*, en el que sólo el participio *devido* y el adverbio *quando* dan enojo á la gramática. Cierto que no son estas las únicas palabras que escribía mal el maestro de Salamanca; pero, ¿cómo comparar la ortografía de éste con la de los documentos que de la hija de doña Beatriz de Ahumada conserva el monasterio del Escorial, con el cariño que guarda el maravilloso Cristo de Cellini, los tizianescos retratos de Pantoja de la Cruz y el maravi-

lloso cuadro de la Forma de Claudio Coello?

En sus libros suprime Santa Teresa la *h*, usa indistintamente la *b* y la *v*, la *i* y la *y*, y escribe *an*, *alle*, *arto*, *anega*, *ay*, *ace*, *ijos de algo*, *ortolano*, *ortecillo obiere*, *onrra*, *olguéme*, *oy*, *umanidad*, *ueso* ó *veso*, *yan*, *yno*, *iproquita*, *ize*, *avelda*, *cavo* y *savía*. ¡No definiré como pecado ortográfico la duplicación de consonantes, el ejemplo de la *z* y de la *c*, ni las abreviaturas que se permite la seráfica Madre, cuando en este último punto no tenemos reglas fijas á que atenernos, ni lo ha hecho aún la respetable Academia Española! La célebre monja, como Fr. Luís de León, como los escritores del día, duplica consonantes según su leal saber, y emplea la *z* ó la *c* según los antojos de su gusto. Vuelvo á repetir que no es posible comparar, bajo el punto de vista ortográfico, al insigne Agustino y á la Doctora de Ávila. ¿Queréis convenceros? Leed el libro de Job: lo tenéis en aquel edificio idolatrado de la ciencia y santísimo á sus ojos, que es la Jerusalén del Renacimiento hispano, la vieja Universidad del Brocense. Leed luego la primera hoja del *Libro de las Fundaciones*, ó el comienzo del *Camino de perfección:* los tenéis en el reli-

cario que conserva la gran fábrica alzada en el valle de melancolía más poética del Guadarrama, allí donde el genio de Herrera engrandece el espíritu sobre todo con la misteriosa soledad de las bóvedas de un templo suntuosísimo, con los gigantes pilares del crucero, con la rotonda infinita y con las rosadas encarnaciones de amorosos y risueños ángeles que, gracias al pincel, se escapan de los arcos entonando el cántico de la inmortalidad.

El culpable de los defectos enumerados es, en no pequeña parte, el descuido con que escribía la insigne Maestra, testificado por una carta en la que dice á su hermano con sencillo gracejo: *si faltaren letras, póngalas* [1]. De aquí el desaliño encantador de que hay deliciosas muestras en varias de sus obras, cuyo desaliño tiene diversos grados, y bajo este aspecto una explicación muy natural; pues Santa Teresa, al tomar la pluma, habla unas veces consigo misma, ó con sus confesores, ó con sus monjas, como en sus *Cartas* en el *Libro de las Fundaciones*, en el de las *Relaciones*, en el de su *Vida*, en sus *Cons-*

[1] Tomo III del *Epistolario* de Santa Teresa, Carta XXII.

tituciones y *Avisos;* y otras, sin acordarse de lo mundano, déjase arrebatar del estro, y, abrasada en el fuego del amor de Dios, que la da vida, la eleva sobre lo creado y la aisla de las pasiones é intereses de la tierra sublimándola los afectos, siente en su alma una emoción profunda y nobilísima, y exclama en estilo de sencillez sublime, tan conciso como enérgico:

«¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro y pásase con grandes penalidades el deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará mi alma metida en esta cárcel? ¡Oh, Jesús! ¡Qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es mi Dios para ganar con Él la vida que no se puede acabar, mas muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais á este padecer? No le hay sino cuando se padece por Vos. ¡Oh mi suave descanso de los amadores de Dios! No faltéis á quien os ama; pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado al alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales: siendo esto ansí, no culparéis á mi deseo. Veisme aquí, Señor;

si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehuso todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decía vuestro amador San Martín. Mas ¡ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mío! Que él tenía obras y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, delante de vuestro divino acatamiento, y no miréis á mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor; ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acábense ya los deseos é intereses nuestros. ¿Qué mayor cosa puede ganar que contentaros á Vos? ¡Oh contento mío y Dios mío! ¿Qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos á mi Dios. ¿Pues para qué tengo que estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes cuándo verná el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes á tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin [1].»

[1] Exclamaciones ó Meditaciones del alma á su Dios, XV.

Después de leer estas magníficas *Exclamaciones*, ¿quién se acuerda de los mínimos defectos hallados por el escrupuloso análisis en las obras de la seráfica Madre, guirnalda de azucenas y violetas que es preciso dejar en su nativa frescura y lozanía, respetando los pétalos en que no deja de añadir belleza el color, por ser más pálido, á la melodía de matices que forman todas las corolas? Y es preciso dejarlas en toda su nativa frescura, porque sería irreverente la mano de la crítica si las palpara. Que impregnen, cual son, con su fragancia suavísima los espíritus nobles y generosos, esas bellísimas flores nacidas al soplo de la caridad en un pecho donde moraba la virtud y germinaban la inocencia y la pureza!, como diría un notable escritor católico....; y hoy día que ingenios extraviados emplean sus facultades en infernar las almas y convertir los corazones en nido de serpientes, las obras de Santa Teresa, como ningunas, pueden contrarestar los efectos de tan envenenadora influencia; pues con su sinceridad fomentan todo sentimiento dulce y delicado y enamoran de la Verdad infinita, de la Bondad suma y de la eterna é indefectible Belleza.

¡Oh! sí; que los goces más puros disfrutamos, los más santísimos pensamientos nos llenan, salta y ríe y retoza de alborozo celeste el alma, aspira y anhela ésta con piedad ante los conceptos regalados y milagrosas pinturas que brotan de la pluma ó del pincel de la Doctora de Ávila en los momentos en que, al oir la palabra de Dios, tiende á romper las cadenas que sujetan su libre albedrío. La *grandeza absoluta* de que Kant ha hablado, cantada por los modernos poetas *subjetivos* é idólatras del *yo*, en parte alguna se halla, sino en las páginas que produjo Santa Teresa guiada por desconocido impulso, en los libros revelados y en las obras que la Iglesia nos señala con su autoridad y derecho indiscutible.

San Mateo solamènte iguala en esta cualidad de elocución á la insigne y extraordinaria hija de Castilla la Vieja [1].

¡Ah! ¡Siempre, siempre han sido religiosas nuestras grandezas! Mientras que los palacios son las preseas más ricas de las plebeyas Amberes y Brujas, de las feudales Colonia y Tréveris, de las pagánicas Florencia y Ro-

[1] Véanse los siguientes pasajes del *Evangelista*, XXIV, 27, 31; XXVI, 38; XXVII, 46, 50, 52.

ma, en España, excepto el monumento erigido á la contratación por Herrera en las márgenes del Guadalquivir, y el Alcázar no terminado de Carlos V, catedrales, iglesias y monasterios son las obras construídas por nuestra arquitectura, y que contrastan, por cierto, por su asombroso mérito, con la pobreza de nuestros edificios civiles. Jamás salió una deidad gentílica de las manos de un formador español, dice D. Joaquín Francisco Pacheco. Venus y Galateas, Apolos crucificados, Psiquis que declaró vírgenes el paganismo intelectual de una era idólatra de los sentidos, produjo la paleta en el otro lado del Tirreno: ni uno solo de nuestros pintores, ni aun los que aprendieron en los cuadros clásicos del país de Sanzio y Buonarrotti, dejó de ser intérprete de la idea católica; y en haber sido intérpretes de esa idea nacional con fervor y entusiasmo, en haberse consagrado á ese puro objeto, como el único noble, el único santo, el único digno de su gran arte, consiste la excelsitud incomparable de Murillo, de Ribera ó de Zurbarán. Las artes españolas de nuestros grandes siglos, religiosas fueron, por lo mismo que eran la forma sensible del espíritu de

nuestros padres. La belleza cristiana fué su ideal, el amor á ella su único estímulo, la fe su inspiración, el realizarla su fin, el servir á la Iglesia Católica, el auxiliarla é interpretarla, su vanidad y su gloria. Por esto los Cristos de Montañés, siendo más cristianos que el Cristo de la Minerva, no ceden en sublimidad y en belleza al David y al San Marcos, y nadie ha pintado algo mejor que el Santo Tomás de Villanueva, ó que la Santa Isabel de Hungría, ó que las imágenes del Salvador de Juanes. Por esto la grandiosidad y perfección de las obras de nuestros maestros jamás ha sido superada. ¡Qué fuente de vida para el espíritu de las artes hay en nuestra amada religión! Dentro de ella hállanse los cuadros más sublimes y sublimemente ejecutados:—la Creación, el Juicio final, el Infierno, el Purgatorio, el Apocalipsis.—Y, en consecuencia, sólo los que creen y aman mucho, los católicos que, cual nuestra venerada Doctora, tengan un entendimiento inmenso y una sensibilidad exquisita y finísima que les eleve hacia el infinito divino, pueden dar forma sublime á sus ideas, porque la sublimidad es más bien una cualidad del espíritu que de la elocución, y el estilo de este géne-

ro es, como Longino ha dicho, el sonido de las grandes almas.

Además, Teresa de Jesús escribió sus mejores libros en sus postrimeros años. El último que produjo fué el *Castillo Interior*, que es el más admirable por su doctrina, el más correcto y de mejor lenguaje. Sesenta y dos años tenía la seráfica Madre cuando lo terminó, por lo que pasman y asombran las galas de exuberante primavera que lo realzan. No hay términos comparables entre el estilo, el lenguaje, la elocución, la ortografía de este tratado, con la ortografía, el estilo, la elocución y el lenguaje del libro de su *Vida*. El oro era de más subidos quilates, y el platero sabía entonces más de su arte, más delicados esmaltes y labores [1]. Las palabras *mijor*, *siguro* y *siguridad*, *nenguno* y *obidiencia*, que en sus anteriores producciones escribe de esta manera, en sus *Moradas* tienen muchas veces la corrección debida. Los paréntesis de excesiva longitud, en grave daño del sentido ó de la claridad de la cláusula, son muy raros en las *Moradas*, donde los giros son también más suaves y perfectos que en

[1] *Epistolario*, tomo II, carta XLIV.

ninguna obra teresiana, todo lo cual confirma lo indicado, de acuerdo con un sabio académico, á saber : que era la venerable Carmelita, por naturaleza, una escritora de inspiración; y los años, la lectura de buenos libros, su trato con palaciegos y personas de mundo, sus conversaciones con los príncipes de Éboli, doña Luisa de la Cerda, doña Leonor de Mascareñas, los marqueses de Villena, duques de Alba y otros personajes insignes de la Iglesia, de la aristocracia del talento y de la sangre, educáronla de tal suerte, que su estilo y lenguaje, sin perder su naturalidad y sencillez nativas, adquirieron elegancia, propiedad, pureza y corrección.

El lenguaje de la Doctora de Ávila en sus primeras producciones es el que en su tiempo se hablaba en Castilla : la ortografía de ellas estereotipa la pronunciación de las palabras en el castellano viejo de entonces. La autora del *Libro de las Fundaciones* es el modelo del lenguaje familiar en aquella provincia de España á mediados del siglo XVI. El venerable Ávila, el Maestro Marqués, los dos Luíses, Malón de Chaide, son clásicos hablistas, afortunados imitadores del hipérbaton y sintaxis latinos, grandes teólogos,

hombres de vasto saber, estilistas perfectos, y conocen todos los secretos de la construcción en el idioma. Luís de Mármol, Mendoza, Illescas, Antonio Pérez, Quevedo y Cervantes, son ilustres prosadores, cultos académicos, cumplidos cortesanos. Hernando de Zárate, San Juan de la Cruz y Santa Teresa son los escritores sencillos, naturales, claros, que hablan á las gentes su propio lenguaje, y que pretenden, por lo mismo que nadie pensó nunca menos en sí propio y más en el objeto de sus fatigas; por lo mismo que el fin era lo que les preocupaba, no alardear grandeza, ni satisfacer caprichos de la vanidad, ni aumentar los tesoros artísticos, sino que la idea que quieren mostrar luzca y blandamente deleite. Y la seráfica Madre, á la vez, es el tipo, la apoteosis del buen lenguaje, del puro y natural lenguaje de Castilla la Vieja, por lo que encuentro muy justificado enojasen á Fr. Luís de León las correcciones en las páginas de la Carmelita, y, sobre todo, las desatinadas del P. Gracián y de otros.

Verdad que la tarea de corregir con acierto las páginas de la Santa es tan difícil como el formar un ramo con rosas del jardín y flores de cera, sin que se note la diversidad de

ellas. Mas si el desagrado del autor de *La Perfecta Casada* es, por lo dicho, justo, no lo es el precio que da á los libros de la Reformadora del Carmelo. El maestro León duda de que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.

El estilo de la hija ilustre de Ávila es sencillo, su lenguaje natural, y, bajo este punto de vista, son encantadores, inimitables, sus libros; pero en modo alguno superan en cualidades á todos los conocidos en nuestra república literaria. ¿Cómo ha de competir la forma en que vaciaba sus concepciones Santa Teresa con la de Granada, cuyo estilo, por su mérito, es el que más se acerca al de Cicerón, al del sublime Poeta de la filosofía, y al de ese astro, el más hermoso de la Iglesia, que se llama San Agustín? Y el reconocer esto, pagando feudos de verdad á la crítica, no es contradecir lo aseverado antes; á saber: que es como celestial y revelada la doctrina de la profunda filósofa mística; pues el estilo y el lenguaje son peculiares de la persona que escribe. *El mismo Espíritu mueve el labio de Habacuc y el de Isaías;* mas en el uno habla como el culto, y cual el campesino en el otro.

Estudios curiosos sugieren las obras de la compañera del fraile de Hontiveros, y uno de ellos es el de los refranes y dichos castellanos que contienen; abundantísimos, sobre todo en sus Cartas, que, escritas con la sencillez que requiere la forma epistolar, son modelos muy felices en el género cultivado con la mayor fortuna por Plinio y el solitario de Túsculo entre los antiguos, por el bachiller Cibdareal, Pulgar, Ávila, Quevedo, P. Isla y Jovellanos entre los modernos. He aquí algunos de los refranes y dichos aludidos: «Á falta de buenos, como dicen [1];» «Á necesidad no hay ley [2];» «Andar como pollo trabado [3];» «Bien dicen que quien adelante no mira.... [4];» «Cada día da Dios dos [5];» «Cual la mala ventura [6];» «De esta hecha quedan personas para ir á Guinea [7];» «Dineros de duende de casa [8];» «Donde está el rey,

1 Refiérese al adagio: «Á falta de buenos, mi marido alcalde.» *Epistolario*, tomo III, carta LX y LV.

2 *Epistolario*, tomo V, Carta X.

3 *Libro de la Vida*, cap. XXXIX.

4 *Epistolario*, tomo IV, Carta XCV.

5 *Epistolario*, tomo V, Carta LXXI.

6 *Epistolario*, tomo IV, Carta LXLVI.

7 *Epistolario*, tomo IV, Carta XCII.

8 *Epistolario*, tomo VI, Carta XXXVIII.

allí es la corte [1];» «Errando se viene á tomar experiencia [2];» «Es perdido quien tras perdido ande [3];» «Es recia cosa pleitos [4];» «Estar entre banderas y baraundas [5];» «Estos que tratan, en un día tienen mucho y en otro lo pierden todo [6];» «Hacerse espaldas unos á otros [7];» «Harto da el que da todo cuanto puede [8];» «Jurar como un carretero [9];» «Hoy está en un cabo, mañana en otro [10];» «Lágrimas todo lo ganan: el agua trae agua [11];» «La verdad padece, pero no perece [12];» «Mas si el yerro es grande, nunca le cubre pelo [13];» «Poner á uno pleito por sus dineros [14];» «Quererse sacándose los ojos [15];» «Quien mucho

1 *Camino de Perfección*, cap. XLV.
2 *Epistolario*, tomo IV, Carta XCV.
3 *Libro de la Vida*, cap. XXV.
4 *Epistolario*, tomo IV, Carta XL.
5 *Epistolario*, tomo IV, Carta XCV.
6 *Epistolario*, tomo IV, Carta LXXXIII.
7 *Libro de la Vida*, cap. VII.
8 *Epistolario*, tomo III, Carta LXXXVI.
9 *Epistolario*, tomo V, Carta LXXXI.
10 *Epistolario*, tomo V, Carta LXXXI.
11 *Libro de la Vida*, cap. XVII.
12 *Epistolario*, tomo V, Carta LXXXI.
13 *Epistolario*, tomo IV, Carta XCV.
14 *Libro de la Vida*, cap. XXXIX.
15 *Conceptos de amor divino*, cap. IV.

quiere apretar junto, lo pierde todo [1];» «Quién no sabe dar jaque, no sabe dar mate [2];» «Tras este tiempo verná otro [3];» y algunos más tan dignos como estos en su mayor parte de tener plaza en la colección del Pinciano.

Las Cartas de la seráfica Madre son, entre sus obras, las más abundantes en adagios, las escritas con más descuido y las que mejor guardan las prendas y defectos de la escritora insigne. Hay en ellas muchas faltas de construcción y de lenguaje, violentas trasposiciones, á veces ininteligibles. En el Epistolario de Santa Teresa con frecuencia se ven suprimidos los pronombres *que*, *cual*, *quien*, *cuyo*, en especial el primero de estos relativos, y siempre antepuestos los pronombres personales á los posesivos, cual en el modo de expresarse las gentes de Asturias, León y Galicia. Esta inversión que se lee en su Epistolario no la hace Santa Teresa en el *Pater noster*, lo cual vierte un raudal precioso de clarísima luz sobre un punto de crítica muy discutido. Dos palabras acerca de él.

Sabido es que atribúyense á Santa Teresa

1 *Camino de Perfección*, cap. LVIII.
2 *Camino de Perfección*, cap. XXIV.
3 *Epistolario*, tomo IV, Carta XXI.

unas *Constituciones* que se dicen escritas por la celestial Doctora para el establecimiento de una cofradía de la Virgen del Rosario, en la parroquia de Calvarrasa de Arriba, pueblo de escasísima importancia, situado entre Salamanca y Alba de Tormes; una *Profecía*,—apócrifa á todas luces,—acerca del reino de Portugal, que se halla en la *Crónica* de los Carmelitas descalzos del vecino reino, y que fué publicada por Cardoso en su *Agiólogo Lusitano*, y un *Tratado* de siete meditaciones sobre el *Pater noster*, incluído en todas las ediciones de las obras de Santa Teresa hechas desde comienzos del siglo XVII, si bien en alguna se duda acerca de la autenticidad de dicha producción. Pienso que el litigio sobre la propiedad de esta se falla por sí, fijándose en cómo rezaba Santa Teresa el Padre Nuestro; y esto se sabe por el que ha dejado escrito en una de sus obras más peregrinas. En el *Camino de perfección* se lee así:—«Padre nuestro, que estás en los cielos [1], santificado sea tu nombre, y venga en nosotros tu reino [2], sea hecha tu voluntad, y como es hecha en

[1] Cap. XLIII.
[2] Cap. LII.

el cielo ansí se haga en la tierra [1]. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, Señor [2], y perdónanos, Señor, nuestras deudas, ansí como nosotros las perdonamos á nuestros deudores [3]. E no nos trayas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal [4].» Recuérdese ahora que la oración de las *Siete Meditaciones* es esta: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nós el tu reino, hágase tu voluntad. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, líbranos de mal.»

Es obvio, por demás, que Santa Teresa no decía el Padre nuestro según está escrito en las *Siete Meditaciones*: no adoptó el del Catecismo de su respetable director P. Ripalda.

Ahora bien: por inverosímil hay que recha-

1 Cap. LIV.

2 Cap. LVII.

3 Cap. LXIII.

4 Cap. LXVI. Escríbelo Santa Teresa en latin en los epígrafes de los capítulos con su peculiar ortografía, de esta manera: *Pater noster, qui es in celis: santificetur nomen tun, adveniad renun tun: fiat voluntas tua sicud in celo ed in terra. Pater noster, Panem nostrum cotidiano da nobis odie: dimite nobis debita nostra: ed ne nos inducas in tentationen.*

zar que Santa Teresa escribió el *Pater noster* en un libro de manera distinta á la de otro; pues de haberlo hecho así, habría que suponer, y el buen sentido lo rechaza, que de dos modos diversos decíalo en el rezo habitual la ilustre Carmelita. Es, sin embargo, singular que ésta dijera muchas veces : la mi Isabel, la mi madre, la mi casa, el mi compañero, la mi sobrina, y no adoptara la traducción del *Pater noster* ordenada en las sinodales de Barbastro, Cuenca, Jaca, Toledo y Zaragoza, contenida en la doctrina escolapia del padre Juan B. Ramo, que rige en el día en muchas escuelas, y que conviene con el modo de expresarse la celestial Madre en ciertas páginas, y con el de los leoneses, castellanos viejos, asturianos y gallegos en la actualidad.

Mucha es la fuerza del hábito, é indudable que la Santa adoptó la forma en que los artículos pronominales no están antepuestos al pasivo. Y si por otra parte se considera que las frases latinas que se encuentran en el *Tratado* están escritas con corrección, y las traducciones hechas con facilidad y exactitud; que el lenguaje, las cadencias y el corte de los párrafos son muy distintos de los que nos ofrecen las obras universalmente recono-

cidas como de la Doctora de Ávila, brota la convicción de que el libro que algunos atribuyen á ésta no lo produjo su blanca é inmaculada pluma.

La misma seráfica Madre [1], Fr. Francisco de Santa María [2], el P. Ribera [3], llaman libro del *Pater noster* al *Camino de Perfección;* los Carmelitas Descalzos, en las ediciones de las obras de Santa Teresa, y el autor del *Año Teresiano*, dudan de su legitimidad, y el doctísimo Sr. La Fuente la niega.

Y al lenguaje y estilo también nos remitimos para demostrar que no es de la hija de Ávila la *Profecía acerca de Portugal.* Mejor dicho, este análisis nos apoya en la opinión de la falsa procedencia de tal escrito. El ridículo patriotismo que campea en sus párrafos llenos de extravagantes ideas, la construcción de la frase, el uso inmodesto de las palabras *influencia* y *Carmelo reformado*, imprimen la nota de apócrifa á la *Profecía.* Santa Teresa siempre usa de la palabra *instancia* al pedir á su Divina Majestad; no ro-

1 *Epistolario*, tomo 1, Carta XXXI.

2 *Crónicas de la Reforma*, tomo 1, lib. V, cap. XLII.

3 Carta escrita á la María de Cristo, vicaria de Valladolid, pidiéndole el original del *Camino de Perfección.*

gaba con la *mayor influencia*, y, aunque reformadora y digna del mármol de mudez sublime del Vaticano, hablaba de su reforma del Carmelo, diciendo con modestia muy ejemplar : *Descalcez*, *Orden de la Virgen*, *Regla sin mitigación.*

Tampoco pueden considerarse como de la humilde Madre los dichos que algún escritor le ha atribuído. De lo que sí es autora, de páginas amables que encantan con su candoroso gracejo y comunican al labio la sonrisa más apacible. «¿Quién no sonríe, escribe un ingenio contemporáneo, al leer la descripción de la casa ruinosa de Medina, en la cual oía misa la Madre por las rendijas de la puerta; sus apuros en la de Toledo; el susto de su compañera durante la noche de ánimas en Salamanca; los rezos en latín de las beatas de Villanueva de la Jara; la economía de los frailes de Duruelo, que, no teniendo donde dormir, llevaban cuatro relojes; y la semblanza del estricto provisor de Burgos?»

Narraciones son estas que , por la naturalidad y graciosa sencillez, por el movimiento y verdad del colorido, por la viveza y energía con que están ejecutadas, son magníficas

hipotiposis; superiores, como tales, las del *Libro de las Fundaciones* á las que esmaltan las demás obras de la Santa, y del mérito de las etopeyas que deleitan el buen gusto en sus escritos históricos, sobre todo en el trabajo antedicho.

¿Y qué diremos de los hermosos rasgos con que su vigoroso pincel, huyendo de vaguedades, reproduce el lado individual y distintivo del personaje, con la maestría aplaudida á Tito Livio, Salustio y Tácito? ¿Qué de la perfección de sus retratos del Padre Gracián, del Doctor Velázquez, del Jesuíta Baltasar Álvarez, del fraile italiano Mariano de San Benito ó de Açaro; de Doña Beatriz Oñez, de Fray Domingo Báñez, de la familia del conde de Buendía, y del franciscano Pedro de Alcántara, aquel glorioso, austero y santo varón, de humildad y virtud ejemplares? ¿Y qué de las varias, galanas y sencillas figuras de que se sirve para hermosear con sano consejo una profunda máxima? Hablen por nosotros las páginas de sus *Avisos*, dechados de limpio estilo, escritas según la Regla de San Agustín, dignas de figurar en el sagrado libro del *Eclesiastes*, y sólo comparables por su esencia y forma á las del dulcísimo San

Juan de la Cruz; compañero de la seráfica Madre, como ella incorrecto, descuidado en la frase, desigual en sus períodos, olvidadizo de la armonía en la combinación de las palabras, y como ella de elocución sublime, magnífica, arrebatadora, cuando, agitado por el soplo del amor divino y abandonado su espíritu á su propio impulso, lánzase al desconocido y poético océano donde ha de descubrir el enlace misteriosísimo que existe entre nuestra alma y el alma universal, el Dios de Israel.

La llaneza y sobriedad de estilo de estos dos compañeros de reforma, es peculiar también á Fray Hernando de Zárate. Él no se eleva á lo sublime, como nuestra querida Santa y como el fraile de Hontiveros; pero tiene facilidad, gracia, concisión, sencillez y naturalidad en su lenguaje.

Puede figurar, por lo tanto, en este pequeño grupo que forman la celestial Doctora y el Carmelita que, sin recurrir á reminiscencias griegas ó latinas ni atender á la influencia de la lira italiana, sintió á Dios y pensó en Dios, y expresando lo sentido y pensado cual lo pensase y sintiese, prudujo sus místicas y dulcísimas canciones, que parecen bro-

tadas de las cuerdas del arpa de un querubín del empíreo.

Y he aquí que los escritores y hablistas enumerados, notables, ya por su concisión, ya por su aticismo, por su pompa ó por su sencillez, son rasgos muy característicos de la efigie de grandeza del siglo XVI, estatuas que ocupan sitios principales en el magnífico frontón con que el Fidias de la historia decorara ese gran templo de la gran centuria, en cuyo pórtico se ve el trofeo que forman sus atributos: —la lira más robusta que ha pulsado la mano del hombre, una trompa que, si cual la del cantor de Smirna y la del poeta de Sorrento, no suena como la que sirvió al soldado de Arauco para elevar el arte de contar á perfección maravillosa en las limpias octavas de un libro de buena poesía, un caballete de oro y marfil no menos rico que los de Rafael y Miguel Ángel, Vinci y Correggio, Veronés y Andrea del Sarto, remos que han gustado las sales de todas las oceánicas aguas, y arreos de combate, tan invencibles como los de Aquiles, tan temidos como los de Aníbal, tan victoriosos como los de César y Alejandro.

«La Gramática es la nación,» ha dicho don

Agustín Pascual. ¡Qué exacto es! Por serlo, es, á mi juicio, un evidente postulado que el estado de la Gramática es el estado de la nación, y vice versa. Sírvannos de ejemplo Santa Teresa y su tiempo, y los tiempos y escritores que tras los suyos y tras ella vienen.

La Doctora de Ávila y el apóstol de Andalucía, y Luís de Granada, y San Juan de la Cruz brillaban por su lenguaje cuando había una España que, elevada al trono más alto de la historia, vencía en Flandes, en África y en Italia, realizaba hazañas que, no bastando un Homero para cantarlas, apenas si podía hacerlo nuestro gran teatro; defendía la unidad católica con gallardo esfuerzo, y luchaba en todas partes por ideas, en sus entusiasmos de gloria.

El cetro magnífico de Felipe II y la corona de Carlos V, cuya pedrería la constituían el sol y las estrellas, pues español era todo el firmamento, pasan un día á las manos de otros Felipes y otro Carlos; son pisoteados en Rocroi los laureles de San Quintín; óyese la voz de la miseria y el elegíaco lamento de la ruína; y á pesar de que notas grandiosas de aquel siglo son la religión, el amor y el honor, empieza á hundirse en el ocaso el

genio nacional, despéñanse los grandes imaginadores en delirios, el culteranismo, el gongorismo, el conceptismo vician el habla de la Madre Teresa y de los Luíses, lo marchitan y despojan de su majestad: las plumas de Moncada, Solís y Melo, las liras de Quirós, Rioja y los Argensolas, el teatro calderoniano,—maravilloso á pesar de sus defectos,—los pinceles de Velázquez, Ribera y Zurbarán, del Pintor de los ángeles y Claudio Coello, sostienen en su prodigiosa altura el azul cielo de las letras y las artes,—mas no pueden evitar que el Diccionario pierda su carácter español, que *parezca sublime y exquisito un lenguaje artificioso, saturado de palabras extranjeras, en que el parergon degenera en derroche y la construcción en contorsiones*, que el divino arte de Alonso Cano y Juan de Juanes vea palidecer sus laureles, y que los Juan de Toledo se llamen Churrigueras.

¡Tristes días aquellos en que secáronse los raudales del buen decir; perdióse el bello estilo de Granada, Chaide, León, Zárate, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; se extravió el gusto; se tornó cabalística nuestra sencilla literatura; la extravagancia y la incorrección

posesionáronse del lenguaje, y la Gramática y el Diccionario reflejaron el más triste estado social y político de nuestro pueblo!

Olvidémoslos, que la historia es con ellos tan severa cual lo será mañana con otros más próximos, en que ha sido pregonada la vida de todo lo que levante el espíritu sobre el nivel de la materia y se pugna por deshacer los lazos de la historia y de las grandezas españolas; y olvidémoslos, porque es hoy día de regocijarse. Celébrase el Centenario de una gran Santa y del más español de los escritores, por lo mismo que su vocación es puramente católica, y decir católico es decir español. Sí; católico es el sentimiento que más palpita en las entrañas de nuestra historia.

¡Ah! sí; el sentimiento católico ha levantado las dos suntuosas catedrales que se miran en los cristales de los grandes ríos inmortalizados por Herrera y Garcilaso, ha puesto en pie la maravilla de Burgos, y tejiendo las palmas en el centro de la granítica selva de la aljama de Abderrahman, ha subido á los aires el más hermoso y noble templo cristiano; el sentimiento católico clavó lanzas en Zaragoza, en Toledo, en Mallorca, venció en Covadonga y en Clavijo, en las Navas y en el Salado, tre-

moló el estandarte de la Cruz en Murcia, en Córdoba, en Torres Bermejas, cortó el puente de barcas de Sevilla y liquidó la Media Luna en Lepanto; el sentimiento católico borró en el Fuero Juzgo la bárbara ley de razas, dió maestros á Gerberto y envió á civilizar la Francia Carlovingia á Claudio, á Teodulfo y á Prudencio; el sentimiento católico iluminó siempre la mente de nuestros sabios, la inspiración de nuestros artistas, y dió fuerza al brazo de nuestros héroes; el sentimiento católico impidió que se paganizase España en el Renacimiento, y escribió las obras de misticismo y los Autos Sacramentales de Calderón de la Barca, que valen dos poemas cual el del Dante. ¡Bendito y sublime sentimiento, al cual debe nuestra querida patria una ventura que la espera! Cuando la trompeta del Juicio llame ante el tribunal de Dios á las naciones, y éstas comparezcan, «¡Acércate á mí, bendita de mi Padre!», dirá á la España de pasados siglos, y lo mismo dirá á otra España si llora lágrimas como las de la Magdalena arrepentida. «¡Acércate á mí, bendita de mi padre!», la dirá, no sólo porque sus héroes fueron Pelayo, el Cid, San Fernando y sus reyes D. Alfonso X é Isabel I

y su pueblo el indómito de la Reconquista, el que dió marineros al genovés insigne, soldados al Pontificado, sabios á los Concilios; sino porque armó esa gran milicia de la fe, capitaneada por la más sublime de las heroínas, y porque dió á ésta, es decir, á la seráfica Madre, cuna en Ávila, sepulcro en Alba de Tormes y altar donde ser adorada en el corazón de todos sus hijos, en las basílicas más hermosas y en los templos más humildes de sus pacíficas aldeas.

V.

Conclusión.

Ha llegado á su término este trabajo. Pudiéramos haber escrito una biografía documental de Teresa de Jesús y analizado comparativamente, al medir el valor ontológico de la voluntad, según la Doctora de Ávila, algunas doctrinas modernas, como las de Hartman y Schopenhauer, Secretan y de Main, para sacar de todo ello máximas provechosas y sano consejo en beneficio de la general cultura;—pudiéramos haber considerado, con criterio *histórico* más alto, la importancia y significación de las obras de la seráfica Madre y demás místicos, que no pasaron de ser una hermosísima promesa en tierras de la filosofía, porque sustituyó á la sabia política consignada en el testamento de Isabel I una política que convirtió *aquella gloriosa vida espiritual en el ascetismo formalista, casuista y gerundiano revelado en la balumba de libros devotos que pervirtie-*

ron el sentido religioso en el siglo XVII, suprimiendo la libertad en el procedimiento intuitivo y de indagación. Pudiéramos habernos ocupado en el estudio de cómo contribuyó á erigir un altar á la mujer en el pecho del caballero y del poeta el misticismo teresiano, é influyó en el amor, que inmortalizaron nuestros grandes poetas dramáticos de la centuria décimasétima en sus comedias de capa y espada.

También podíamos haber mostrado cómo quizás en el psicologismo de la monja de Ávila y de sus coetáneos, en su puro misticismo y en lo que en él hay de esencial y metafísico, están la clave que ha de concertar las armonías que busca la verdadera ciencia, y las formas amplias que pueden resolver los dualismos que la superficialidad de la vecina Francia ha presentado en psicología, en metafísica y en teología, y las *antinomias de la razón que la ironía kantiana dejó sobre el tapete*, y que han agusanado tantas inteligencias, corrompido tantos corazones.

Acaso pudiésemos haber hecho más detenido y exacto paralelo entre el estilo de la Madre Teresa y el de los principales místicos de su tiempo, y aun haber comparado el

de éstos y el de aquélla con el de otros escritores que, por respeto á las dimensiones impuestas á cierto género de trabajos, en este Ensayo, sólo aludidos quedan, y que mucho merecen, porque tocaron con frecuencia en las límpidas regiones de la más sublime poesía, y contribuyeron, como los Luíses y Chaide, á elevar nuestra prosa al grado de esplendidez mayor. Y bien pudiéramos, por último, haber desenvuelto algunas tesis que ligeramente quedan apuntadas.

Santa Teresa, estudiada como poetisa, ofrece á la crítica tema para un trabajo muy extenso. Á la poetisa no se la dedica un capítulo aparte en este Ensayo, porque, habiendo determinado el carácter del misticismo y el amor de Dios de la Seráfica Madre, implícitamente queda juzgada la lira de ésta, pues lo que cantó es lo escrito en sus *Moradas*, en sus *Exclamaciones*, en sus *Conceptos* y en sus obras de más abrasado arrobo.

Baste lo dicho para juzgar terminado este imperfectísimo bosquejo histórico-crítico de la ilustre Avilesa, cuya sana y ejemplar doctrina,—con gran justicia ensalzada por Fray Luís de León, por el venerable Juan de Ávila, por los Padres Jesuítas Gil González,

Francisco Ribera, Antonio Posevino, Bartolomé Pérez y Jerónimo Ripalda, por los Dominicos Pedro Ibáñez y Domingo Báñez, por el Obispo Diego de Yepes, por la venerable Ana de Jesús, por el Doctor Enrique Enríquez, Tomás Bizio, el Padre Julián de Ávila, el maestro Cristóbal Colón, San Francisco de Sales y mil y mil más,—libran á quien la sigue de las tribulaciones, de la desesperación y de la duda, que es la enfermedad de esta época, en la que innumerables liras atormentan al hombre y no saben hablar con Dios, ni apagar la sed de infinito que nos abrasa, ni recordarnos el cielo; en que los sectarios de Byron y Leopardi conspiran por esconder la luz, sacrifican en las negras aras de la negación, anuncian infaustas nuevas, y es denostado Overbeck, porque, en lugar de desleir en su paleta los orgiásticos colores gentiles ó de enardecerla con el sensualismo moderno, ha recogido los santos pinceles que con tal piedad sirvieron á la religión católica,—¡sólo á la religión católica!,—y en que son muchos los que prefieren las inspiraciones beodas, la bacante impúdica de ciertos poetas, á la casta musa cristiana, tierna, sencilla, pura, que llora y

ríe como los ángeles, que enseña á cantar y á orar también. Tales prodigios hacen los libros de la Seráfica Madre, y el describirlos sería punto menos que imposible. Ellos son la verdad: no os pasmen, pues, sus conquistas....

El Cid, después de muerto, sentado á la derecha del altar mayor de un histórico monasterio,—en el día rodeado de la soledad más triste,—atraía fieles á la iglesia. Un judío osó intentar mesarle la inmóvil barba: —el héroe castellano despertó, sacó la espada, y el irreverente, cayendo de rodillas, le pidió el bautismo. Milagro superior á este de la leyenda se consigna en la historia á propósito de Santa Teresa.

Un célebre protestante hizo blanco de sus imposturas á la gran escritora de Ávila: tres años dedicó á escribir calumniosos comentarios; airada la verdad, presentóse ante la conciencia del escritor á defenderse, y el sabio de Witemberg arrojó á las llamas su criminal manuscrito [1].

[1] He aquí cómo cuenta lo sucedido el Obispo de Osma, D. Juan Palafox y Mendoza, en el prólogo que escribió á las Cartas de Santa Teresa:

«El año de 1639, sólo con leer las obras de la Santa, uno de los más doctos herejes de Alemania, á quien ni la fuerza

¿Y qué extraño dispensen la salud las páginas escritas por la insigne hija de Castilla, que mereció que el Pontífice Urbano XVIII compusiese una oración para su oficio, y que tiene altares tan venerados como San Pedro Nolasco, Santo Domingo de Guzmán, San José de Calasanz, San Pedro Alcántara y San Ignacio de Loyola, si á la vez que el nim-

de tan patente verdad, ni las plumas de los más sabios católicos pudieron rendir, ni reducir, sólo el leer las obras desta divina Madre, que él tomó en las manos para querer impugnarlas, por el contrario fué dellas tan alumbrado, vencido, convencido y triunfado, que habiendo quemado públicamente sus libros y abrazado sus errores, se hizo de la Iglesia; y escríbelo con las siguientes palabras á su hermano el Sr. D. Duarte de Braganza: — Estando para firmar esta carta, se me acordaron dos cosas que acontecieron los días pasados en Brema, en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores herejes que hay aquí. Era rector della, habia muchos años, uno de estos, que tenía dado en qué entender con sus libros á todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de Santa Teresa, envió á buscar un libro de su vida, para lo reprobar y confutar. Escribió tres años sobre ella, quemando en un mes lo que en los otros escribia. Resolvióse, en fin, que no era posible sino que aquella Santa seguía el verdadero camino de la salvación, y quemó todos los libros. Dejó el oficio, y todo lo demás, y en breve se convirtió, el día de la Purificación pasado, en que le vi comulgar con tanta devoción y lágrimas, que se veía era grande la fe que tenía. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido. Escribe ahora sobre las epistolas de San Pablo, refutando lo que sobre ellas tenia perversamente escrito. Dicen es grande obra.»

bo de oro de la santidad la rodea una guirnalda de estrellas trenzada por la sabiduría, y lleva en sus manos mística lira cuyas cuerdas suenan prometiendo el cielo?

¡Teresa de Jesús! Ella es una de las Santas más gloriosas que constituyen las delicias del Altísimo en su divina corte y la primera mujer de toda la historia. Heroína de la virtud, sus laureles son muy superiores á cuantos han crecido desde Semíramis á la fuerte hija de Mitrídates, desde Dripetina á Margarita de Dinamarca, desde la conquistadora de Suecia á la Alférez de la Coruña...., pues la patria por que luchó fué el cielo, los enemigos con quienes batalló los del alma, y su victoria consistió en agrandar las puertas de la Iglesia, en aumentar el número de sus fieles, en dotar de una áncora de oro la nave del Catolicismo, que nunca naufragará, á despecho de vientos, olas y rayos. Sabia, artista, en siglo alguno le hallaréis rival. Grandezas innumerables tiene en los anales humanos el más bello de los sexos. Ilustres fueron Lasterna y Aristea, discípulas de Platón; Aspasia, la elocuentísima maestra de Sócrates y Pericles, y Arheta, «esplendor de la Grecia, que poseyó la hermosura de Helena,

la honestidad de Thirma, la pluma de Arístipo, el alma socrática y la lengua del ciego de Melesígenes[1];» gloria de Alejandría fué Hipatia, orgullo legítimo de Pitágoras su hermana Theodea, muy sabia á la vez que muy hermosa y honesta, según Phalaris, Polichrata y un Homero Nicostrata; Cornelia mereció que su ingenio y sus escritos fuesen ensalzados por el orador de los Rostros; Lelia Sabina es el nombre de uno de los milagros más grandes de la palabra, y no son estas las únicas damas que aumentaron el número de astros del diáfano cielo de las letras. Isabel de Joya asombró á los Pontífices y Cardenales explicando los capítulos más difíciles de Escoto; hermosa huella hay en las cartas latinas de Lucio Marineo del extraordinario saber de Ana de Cervatón; honras nuestras son las españolas que tanto se distinguieron en la lengua del Lacio, en todas las ciencias y en el arte, y que ora se llamaron duquesa de Béjar y Roldana, ora Beatriz Galindo, Catalina Badajoz; Isabel de Córdova y Luisa Medrano; ora hablaron á la perfección el latín, el griego, el hebreo, el

[1] Epitafio consagrado por los atenienses.

arábigo y el siríaco, como la Sigea; ora tuvieron la universalidad de la inmortal cien veces Doña Oliva Sabuco de Nantes; una página mereció á nuestro Fénix la Ferreira; inmensa era la sabiduría de Juliana Morella, dominica del convento aviñonés de Santa Práxedes; y.... para no ser prolijo.... un cielo de inmortalidad merece la casta y meditabunda Victoria Collonna.

Líbreme Dios de comparar á ninguna de estas celebridades con Teresa de Jesús. Ultrajaría á la Santa: sería injusto con la escritora, con la teóloga. Como mujer, por lo inmaculada, por su luz de estrella, recuérdame á la niña misteriosa cuyo nombre repiten con amor las tórtolas de Rávena. Mas ¡ah!;.... ¡ni con ella es comparable! Beatriz mereció tener por Dante un poeta, el hijo más ilustre del hombre:—Teresa tuvo por Dante un Dios, el único Hijo de María.

Zaragoza 4 de Octubre de 1882.

INDICE

	Páginas.
I.—Introducción	1
II.—Vida de Santa Teresa	7
III.—Misticismo de Santa Teresa de Jesús	41
IV.—Estudio comparativo del lenguaje y estilo de Santa Teresa con el de los principales místicos de su tiempo	119
V.—Conclusión	167

Este libro se halla de venta en la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, núm. 7, y en las principales de Madrid y provincias.

VIÑAZA

SANTA
TERESA
de
JESÚS
y
ENSAYO CRÍTICO

PRECIO
12 PESETAS

G - 6118